José Antonio Ezcurdia Lavigne S. I.

POR LA CRUZ A LA LUZ

(reflexiones pascuales)

APOSTOLADO MARIANO
Recaredo, 44
41003 - SEVILLA

«Todo el mundo gira en torno a la Cruz, pero la Cruz sólo alcanza en la Resurrección su pleno significado de evento salvífico. Cruz y Resurrección forman el único misterio pascual, en el que tiene su centro la historia del mundo».

(JUAN PABLO II, audiencia general del 1 de marzo de 1989).

Depósito Legal: M - 30127 - 1989
I.S.B.N.: 84 - 7770 - 158 - X
IMPRESO EN ESPAÑA - PRINTED IN SPAIN
Artes Gráficas ORELLANA
Cervantes, 59
Coria del Río - Sevilla

POR LA CRUZ...

El misterio pascual es el misterio de la Cruz y de la Resurrección de Cristo. Misterio de sombras y luces. Cruz y sombras del Viernes. Luz de Resurrección del Domingo. Por eso el secreto de toda experiencia cristiana radica en saber incorporar a la cotidianidad de la vida el dolor y la alegría de la única Pascua de Jesús.

La historia de la Pasión de Cristo no nos es, en modo alguno, ajena. Ni ante ella cabe mantener una postura de indiferencia. Como si no fuera con nosotros. Porque Jesús consuma, en su carne y en su espíritu, la misión que el Padre le encomendara en el momento de su venida a este mundo. Dios, en efecto, a través de Jesús, *«se manifestó para quitar los pecados»* (1.ª Juan, 3.5). Y esos pecados eran los nuestros ya que *«en él no hay pecado»* (Id.). Fue Jesús quien *«llevó nuestros pecados en su cuerpo, a fin de que, muertos a nuestros pecados, viviéramos para la justicia»* (1.ª Pedro, 2.24).

En los días, sobre todo, de la Pasión nos toca, pues, acompañar espiritualmente —con dolor, sufrimiento y confusión interna— al Redentor para que, compartiendo sus dolores y su Cruz, podamos participar plenamente de su triunfo y de su victoria sobre el pecado y la muerte. Las reflexiones que siguen pueden ayudar a hacer efectiva esa participación.

Pero no basta con hacernos presentes por unos días al misterio. Porque, en expresión acertada de José Luis Martín Descalzo, siempre es Viernes Santo. Efectivamente, cada

día, y todos los días, Jesús sigue sufriendo en los hombres dolientes de nuestro mundo atormentado; y sigue también ofreciéndose en el sacrificio eucarístico, memorial de su Pasión. Por ello, estas consideraciones repetidas a menudo pueden introducirnos cada vez más en la comprensión y, sobre todo, en la asimilación práctica y vital, existencial, del misterio de nuestra redención en Cristo Jesús.

1
ORACION EN LA NOCHE

Para hacer, de algún modo, nuestros los dolores del Redentor no es preciso encarecerlos. Tampoco los Evangelistas, en esta hora, se apartan de su habitual sobriedad en el relato de los hechos que componen la vida del Maestro. Para el objetivo perseguido basta —nos basta— contemplar sus pasos de esta noche con amor. Eso sí, con el máximo amor.

Cristo, desde el Cenáculo al Huerto, baja y sube, sucesivamente, el camino a través del torrente Cedrón. Le acompañan los Apóstoles, como de costumbre, pero esta vez el cortejo marcha silencioso y en un tono de general tristeza. No mucho antes, durante el transcurso de la larga despedida tras la Cena, el propio Cristo formuló la observación: *«... nuestros corazones se han llenado de tristeza»* (Juan, 16.6). Y esta tristeza no se ha disipado. Ni tampoco el desconcierto que la reciente conversación, al abordar temas inquietantes y poco habituales, para los que ellos no encontraban suficiente explicación, había generado en sus espíritus.

¿No les había hablado, en efecto, el Maestro de traición y de entrega (Juan, 13.21), de dispersión del rebaño (Mateo, 26.31), de cárcel y de muerte (Juan, 16.2)? ¿No habían llegado, incluso, ellos mismos a contar el número de espadas disponibles (Lucas, 22.38)...?

En todo caso aquellos hombres, interiormente perturbados, no saben, a ciencia cierta, qué les espera al final de su desplazamiento nocturno aunque presumen que algo inu-

sitado puede sobrevenirles. Hay una excepción: la de Judas quien, mientras tanto, está personalmente urdiendo la trama de cuanto se avecina (Mateo, 26.14-16 y 48). También Jesús sabe a dónde y a qué va. Sabe que el sacrificio del cordero pascual que, conforme a la tradición judaica, acaban de celebrar no ha sido sino el prenuncio de su propio sacrificio, proféticamente significado en aquél. Jesús sí que sabe que, ahora, en este tránsito del jueves al viernes, marcha *«como cordero manso llevado al matadero»* (Jeremías, 11.29).

Y como todo eso le resulta muy duro —también a El que por ser Dios no deja de ser hombre— se refugia en la oración. Tampoco la oración —en soledad y aislamiento— resulta lo más fácil y agradable, en tales circunstancias, a la naturaleza humana. Esta busca compasión, expansión, compañía, apoyo en lo que se palpa, en lo que se toca, en lo que quiere y estima... Por eso, a Jesús, le cuesta separarse de quienes, hasta el momento, vienen a su lado: *«Y se apartó de ellos como un tiro de piedra...»* (Lucas, 22.41). Pero el verbo empleado, en su versión original, indica el esfuerzo y el desgarro de aquella separación. Pudiera traducirse por arrancarse: *«se arrancó* —con todo lo que supone de dolor— *de ellos....»*

Y, aun entonces, dejando a los demás a la entrada del Huerto, se lleva consigo a los tres más íntimos: Pedro, Santiago y Juan (Mateo, 14.33). Los mismos, precisamente, que también fueron testigos de la Transfiguración (Mateo, 17.1). No entendieron, entonces, gran cosa de lo que allí aconteció puesto que Pedro, al menos, *«no sabía lo que decía»* (Marcos, 9.6; Lucas, 9.33) tras el aturdimiento producido por la gloriosa escena que —más tarde lo comprenderían todos— iba a servir de contrapeso para poder so-

portar lo que ahora iban a contemplar. Tampoco entienden, de momento, que esta elección para una compañía en el dolor no suponía menor predilección y honra por parte del Maestro que aquella otra de antaño. Lo importante, lo honroso, es siempre ser llamado a la compañía de Jesús. Lo demás, que sea para gozar o para padecer, para triunfar o para ser derrotado, no importa, resulta accidental.

La oración de Cristo. ¡Esta sí que es verdadera oración, la oración del hombre que era! La oración al Padre del hombre que, como cualquier otro, se agarra desesperadamente a la vida: *«... que pase de mí este cáliz»* (Mateo, 26.39), *«...aparta de mí este cáliz»* (Marcos, 14.36). Así se entabla una lucha formidable entre su sensibilidad, especialmente delicada y como preparada para este instante —*«... me has formado un cuerpo«* (Hebreos, 10.5)— y la misión que le trajo a la tierra. No había venido sino a esto: *«Holocaustos y sacrificios por el pecado no te agradaron. Entonces dije: ¡He aquí que vengo...»* (Hebreos, 10.6-7). Su vocación pende toda ella de su aceptación de la voluntad del Padre: *«He aquí que vengo a hacer, oh Dios, tu voluntad»* (Hebreos, 10.7). Esta cita de Pablo, recogida del Salmo 40, se refiere a aquel primer instante, a su entrada en este mundo (Hebreos, 10.5). Pero en esta otra entrada de la Pasión parece como que Jesús —entre sumiso y suplicante— pretendiera todavía cambiar el querer de Dios... *«Cayó rostro en tierra, y oraba así: 'Padre mío,* si es posible, *que pase de mí este cáliz'...»* (Mateo, 26.39); «... todo es posible *para tí...»* (Marcos, 14.36); «... si quieres ...» (Lucas, 22.42).

Oración, además, en sequedad: *«Mi alma está muy triste hasta el punto de morir...»* (Marcos, 14.34). Desahogo

de Jesús con sus discípulos que admite una doble interpretación: la tristeza que me ahoga me va a acompañar ya hasta el instante mismo de la muerte, sin un momento de alivio o de descanso, o esta otra: es tan grande mi tristeza que bastaría ella sola para producirme, ya, la muerte si los planes del Padre no fueran los de prolongar aún más mis sufrimientos... El caso es que Jesús se mantiene en oración triste, abatido, atemorizado... como los hombres, como cualquier otro hombre en situación o circunstancias semejantes a las suyas. Es humillante, pero no vergonzoso, el tener miedo cuando el miedo no paraliza la acción ni desvía del deber pendiente.

No es menester sutilizar para descubrir la causa primera de los sentimientos del Señor: sabe cuánto le aguarda en las próximas horas y por eso teme. Lo sabe como Dios. Lo teme como hombre, en todo lo que aquello encierra de trágico y doloroso y su imaginación le presenta con la viveza propia de sus facultades humanas perfectísimas.

Ello basta para explicar la angustia que le oprime. Pero nuestra fe, hoy actualizada, nos autoriza a añadir nuevos capítulos: los pecados de los hombres —los de esa noche, los de tiempos venideros, los de siempre...—, las faltas de generosidad de tantas almas sobre las que volcará sus gracias, la inutilidad de sus esfuerzos para convertir pecadores o construir santidades en ese misterioso choque con la libertad humana. Todo eso que, a veces, ha hecho sufrir a los santos, pero transportado a escala infinita.

Así se debate Jesús, pegado a la tierra —*«cayó rostro en tierra»* (Mateo, 26.39), *«cayó en tierra»* (Marcos, 14.35), *«puesto de rodillas»*(Lucas, 22.41)— cuyas miserias ha querido compartir. Así se desgarra interiormente hasta que, por la fuerza de la lucha, se le rompen los capilares, la

sangre le sale por los miles de poros y, en parte, se coagula al contacto con la superficie del cuerpo y con el aire y, en parte, también, empujada por el sudor, se derrama como en grumos o *«gotas espesas de sangre que caían en tierra»* (Lucas, 22.44).

El hombre que es Cristo se desmorona, pero el Padre es glorificado porque, de esas ruinas, surge la fórmula más perfecta de indiferencia —que no equivale a insensibilidad— y de alabanza a Dios que jamás ha escuchado el mundo: *«... pero no sea como yo quiero, sino como quieras tú»* (Mateo, 26.39), *«... pero no sea lo que yo quiero, sino lo que quieras tú»* (Marcos, 14.36), *«hágase tu voluntad»* (Mateo, 26.42), *«... pero no se haga mi voluntad, sino la tuya»* (Lucas, 22.42). Jesús, un día ya lejano, había enseñado a sus oyentes la oración del Padre nuestro; ahora la estaba rezando él mismo, pero sin hurtar la asimilación personal de esa petición, la del cumplimiento de la voluntad del Padre, que constituye la verdadera piedra de toque de la adhesión del hombre a su Dios y, consiguientemente, de toda santidad. El Santo por excelencia hace suya su propia fórmula: *«No todo el que me diga: 'Señor, Señor' entrará en el Reino de los cielos, sino el que haga la voluntad de mi Padre celestial»* (Mateo, 7.21).

Mientras tanto ¿qué es de los Apóstoles? Jesús les había encargado: *«quedaos aquí y velad conmigo»* (Mateo, 26.38). Y, simultáneamente, les enseñaba el modo de prevenirse de cuanto les iba a acontecer, entonces y en un futuro que, sin duda, podían prever incierto y delicado: *«Velad y orad, para que no caigáis en tentación; que el espíritu está pronto, pero la carne es débil»* (Mateo, 26.41). Pero, por encima de todo, el Maestro seguía reclamando su compañía. La

ilusión más íntima y secreta —apenas desvelada en la invitación— era que aquellos hombres —y nosotros— entraran —entráramos— en aquel Corazón que amaba y sufría; que sintonizaran —que sintonizáramos— con la entrega y don de sí mismo que El realizaba a través de nuestra consagración en correspondencia afectiva y efectiva. Aquella noche nació la devoción al Corazón de Jesús en lo que tiene de más radical, la verdadera devoción, que supone entrega en amor; una devoción que ni ha muerto ni puede morir aunque se transformen sus manifestaciones externas a lo largo de los siglos. La escena de la tarde, durante la Cena, al recostarse Juan sobre el pecho de Jesús (Juan, 13.25) le había servido de preludio.

Pero, mientras tanto, nos preguntábamos: ¿qué hacían los Apóstoles? ¡Dormían! (Mateo, 26.40 y 43; Marcos, 14.37 y 40; Lucas, 22.45). Ajenos a lo que ocurría, a lo que se preparaba e insensibles al dolor y a la soledad del Maestro. No seamos demasiado exigentes ni críticos con ellos... No culpemos con excesiva facilidad a esos hombres, aunque sólo sea por las muchas veces que también nosotros dormimos mientras sufren Cristo y nuestros hermanos en tantas partes del mundo, algunos tan cerca de nuestro vivir tranquilo y desenfadado, inconsciente, alegre y confiado. Además esos hombres —bien que mal— no dejaron nunca de amar a Jesús. ¿No llegaron, incluso, a sacar las espadas, y a utilizarlas, en su defensa? (Mateo, 26.51; Marcos, 14.47; Lucas, 22.49-50; Juan, 18.10). Lo que sucedía es que no habían entendido el misterio. No eran capaces de aceptar la batalla oscura y sin gloria de seguir a Cristo hasta el Calvario. Como tampoco nosotros la de la vida cotidiana, aburrida y deslucida...

Lo demás es suficientemente conocido: llega Judas, al frente de los judíos notables y del pelotón de soldados, y se consuma la tración; se levanta Cristo y se consuma la entrega...

Una última cuestión que ayudará a nuestra reflexión: ¿podemos «acompañar» y «consolar» a Jesús en esta hora? Contesta el teólogo Karl Rahner: *«El Señor en su Pasión conocía en virtud de su visión inmediata de Dios y de su ciencia infusa, la expiación y satisfacción, es decir, la compasión de los hombres de todos los tiempos, también la de los hombres posteriores a él, y gracias a ese saber pudo sacar consuelo para su corazón humano de tal compasión amorosa. Por tanto si nosotros com-padecemos 'ahora', esto le consoló 'ya entonces'. Y hay algo más cierto todavía: si algo 'consoló' al Señor en su Pasión fueron todas las buenas disposiciones de ánimo, las 'buenas voluntades' y todas las buenas obras hechas en su gracia y amor; no sólo las que se hicieron con ánimo e intención expresa y consciente....»* (Estudios de Teología, III, 388 ss.).

Todo ello para gran alegía y esperanza nuestra y para mejor poder penetrar en la gran hondura teológica de esa interrogante que formula San Ignacio de Loyola en el pórtico de las meditaciones de la Pasión: *«¿qué debo yo hacer y padecer por él?»* (Ejercicios Espirituales, 197).

Mi vida cristiana, mi vida familiar o profesional, diaria, en gracia y amor, es compañía y consuelo. Y es también respuesta, afectiva y efectiva, a la llamada de Jesús en esta noche del Jueves Santo: *«quedaos aquí y velad conmigo... velad y orad»* (Mateo, 26.38 y 41).

2

VARON DE DOLORES

Vamos a seguir acompañando a Jesús, el *«varón de dolores y sabedor de dolencias»* (Isaías, 53.3) que contempló el profeta, pero con la alegría esperanzadora de la última idea recogida en el capítulo precedente.

La relación de los sucesos desde el Huerto y condena por el Sanedrín es suficientemente conocida. Jesús es conducido a empellones, primero ante Anás en un rasgo de halago servil *«porque era suegro de Caifás, el sumo pontífice de aquel año»* (Juan, 18.13); luego ante éste. Tiene lugar allí el primer consejillo nocturno en espera del oficial, al amanecer (Mateo, 26.57); median los vejámenes de la noche triste (Juan, 18.22-24; Lucas, 22.63) y las negaciones de Pedro (Juan, 18.15-18 y 25 ; Lucas, 22.55-60; Mateo, 26.71-75; Lucas, 22.55-62). Tras la condena a muerte por el Sanedrín (Lucas, 22.70-71) le conducen a Pilato (Juan, 18.28-32; Mateo, 27.11) y por entonces, más o menos, tiene lugar el suicidio de Judas (Mateo, 27.3-10). Siguen el primer juicio ante el Procurador (Juan, 18.33-38; Mateo, 27.11-14; Lucas, 23.3-7; Marcos, 15.2-5) y la humillante remisión a Herodes (Lucas, 23.8-12). Luego la nueva devolución a Pilatos (Lucas, 23.13-16), la prosecución de los interrogatorios y acusaciones con el episodio de la liberación de Barrabás (Mateo, 27.15-25; Marcos, 15.6-15; Lucas, 23.17-18; Juan, 13.39-40), la flagelación y coronación de espinas (Mateo, 27.27-30; Marcos, 15.16-19; Juan, 19.1-3), el «Ecce Homo» (Juan, 19.4-7) y la sentencia final (Mateo, 27.24-26; Marcos, 15.15; Lucas, 23.25; Juan, 19.16-17)...

Más que nunca se impone la sobriedad porque, de una parte, la acumulación de episodios es tal que su enumeración o comentario pormenorizados resultaría interminable y, por otra, es difícil que las palabras no enturbien el respeto y el carácter sagrado del misterio que se realiza. Se impone, simplemente, la contemplación silenciosa, estremecida y llena de amor del camino de Cristo que es un camino de dolores, de humillaciones y de humanas desilusiones.

1. Jesús sufre ya, desde el principio, con los empellones, las ataduras de las sogas y los tropezones por el camino hasta casa de Anás. Y es de notar que afronta estos primeros dolores con un extremo desfallecimiento provocado por la conmoción orgánica causada por el sudor del Huerto.

Sufre el dolor de la bofetada en su rostro; pero, mucho más, la afrenta a su dignidad puesta en entredicho ante aquella distinguida y cualificada concurrencia.

Sufre la molestia y la incomodidad de los vejámenes de aquella noche, las nuevas y repetidas bofetadas y la porquería de los salivazos...

Sufre, sobre todo, cuando avanza ya la mañana, el tormento de la flagelación, aquel que los romanos consideraban como el más terrible entre los utilizados para el castigo de los delincuentes. Muchos siglos más tarde, ante una imagen de Cristo muy llagado que habían traído a guardar en el oratorio, Santa Teresa de Jesús sería introducida por inspiración divina en el amoroso conocimiento de Cristo: *«Fue tanto lo que sentí de lo mal que había agradecido aquellas llagas, que el corazón me parece se me partía, y arrojéme cabe El con grandísimo derramamiento de lágrimas, suplicándole me fortaleciese ya de una vez para*

no ofenderle». (Libro de la vida, IX.1).

La flagelación se aplicaba o independientemente de una condena posterior a muerte o como antecedente a la misma, en este caso para cubrir con la sangre derramada, empapando todo el cuerpo, la desnudez del reo. No está claro, en el caso concreto de Jesús, cuál de las dos modalidades se empleó. Parece que la primera intención de Pilatos fue la de evitar con la flagelación una muerte reclamada insistentemente por los judíos: *«Le castigaré, pues, y le soltaré»* (Lucas, 23.16). Pero, más tarde, dominado y arrollado por los acontecimientos, después de haber agotado inútilmente aquel recurso, *«les entregó a Jesús para que fuese crucificado»* (Mateo, 27.26). Y, probablemente, no se tuvieron con Jesús las consideraciones que prescribía la ley romana —los cuarenta azotes menos uno, por ejemplo— que se tuvieron, cinco veces, con San Pablo (2.ª Corintios, 12.24).

Hemos meditado muchas veces —y el Viernes Santo es un día apto para repetir la meditación—, nos hemos estremecido también otras tantas al oír el golpear de los flagelos sobre la carne de Jesús progresivamente amoratada por nuevos y más intensos cardenales; hemos contemplado esa carne saltando en pedazos para acabar sosteniendo con nuestros brazos el cuerpo de Jesús que cae pesadamente en medio de un charco de su propia sangre...

Cristo queda marcada para lo poco que ya le resta de vida. Porque en ese cuerpo maltrecho por la flagelación todo, en adelante, va a repercutir de modo más intenso: los vestidos, cada vez que se los ponen o quitan; el aire que azota su carne viva; el madero de la Cruz en la subida al monte. Y, antes, la corona de espinas (Mateo, 27.27-30; Marcos, 15.16-19; Juan 19.1-3) para completar la burla y el dolor.

Es éste uno de los tormentos que más fácilmente podemos alcanzar a imaginar y reproducir porque todos tenemos la experiencia del pinchazo de una espina de una flor en el campo. Pero los pinchazos que atormentan a Cristo son cientos, en la parte más sensible de la cabeza y renovados o reforzados por los golpes que los soldados reiteran una y otra vez sobre el capacete que en ella se va introduciendo. Si en la flagelación Jesús sufre por los pecados de la carne —en el mundo, probablemente, los más repetidos aunque teológicamente no sean, tal vez, los más graves— aquí sufre por nuestras vanidades y orgullos, por las muchas ocasiones en que hemos levantado la cabeza a Dios. Nuestro maldito orgullo intelectual, el que hacía decir a San Felipe de Neri que toda la perfección se encontraba en el corto espacio de unos centímetros porque —explicaba, señalando con su dedo la frente— la perfección consiste en la mortificación del «racional», de nuestro entendimiento rebelde al querer de Dios.

2. Camino de humillaciones. No le faltaron: la de sentirse detenido como un malhechor peligroso; la de recorrer así, varias veces en aquella mañana ante mercaderes y escribas, las calles de Jerusalén que hace tan sólo unos días —el domingo pasado— fueron testigos de su gran triunfo; la de ser condenado no por un tribunal popular, revolucionario o insurreccional, no reconocido, sino, precisamente, por el máximo representante legítimo de la autoridad política del país y de la dirección religiosa de Israel. Jesús estaba haciendo buena aquella su bienaventuranza: *«Bienaventurados seréis cuando os injuriaren y persiguieren*

y dijeren con mentira todo mal contra vosotros por mi causa... Bienaventurados los perseguidos por razón de la justicia...» (Mateo, 5.10-11). Por la justicia de este mundo, que despreciaba todas las normas procesales vigentes. Y, también, a causa de la justicia, es decir, de su santidad incomprendida.

La humillación de sentirse desnudo ante el pueblo (Mateo, 27.28) o vestido de loco frente a Herodes, el asesino de su primo Juan el Bautista (Lucas, 23.11) o de rey de burla asomado al balcón de Pilatos (Juan, 19.15). Así miraba a Jesús el convertido Ignacio de Loyola: para amarle *así* y para seguirle también *así,* cuando componía aquel párrafo del Examen que proponía a cuantos solicitaban su ingreso en la Compañía de Jesús: «*...Como los mundanos que siguen al mundo, aman y buscan con tanta diligencia honores, fama y estimación de mucho nombre en la tierra, como el mundo les enseña; así los que van en espíritu y siguen de veras a Cristo nuestro Señor, aman y desean intensamente todo lo contrario; es a saber, vestirse de la misma vestidura y librea de su Señor por su debido amor y reverencia; tanto que, donde a la su divina magestad no le fuese offensa alguna, ni al proximo imputado a pecado, desean passar injurias, falsos testimonios, afrentas y ser tenidos y estimado por locos (no dando ellos ocasión alguno dello), por desear parecer y imitar en alguna manera a nuestro Criador y Señor Jesu Cristo, vistiéndose de su misma vestidura y librea, dándonos exemplo que en todas cosas a nosotros posibles, mediante su divina gracia, le queramos imitar y seguir, como sea la vía que lleva los hombres a la vida*» (Primero Examen y General, 44).

Humillación, finalmente, y no la menor, de saberse solo, abandonado de todos, lo que supone un fracaso absoluto en el orden personal y en el de su misión mesiánica. Por eso no puede contestar ni dar razón alguna de sus discípulos cuando se la piden las autoridades (Juan, 18.19). Por eso no hay quien salga en su defensa frente a las acusaciones falsas que le imputan ante el tribunal (Mateo, 26.57-66). Ni nadie tampoco se preocupa de hacer comprender al pueblo la maniobra de los príncipes de los sacerdotes y de los ancianos cuando engañan a la turba y, así, Barrabás gana a Cristo la partida de su libertad (Mateo, 27.20-25; Lucas, 23.18, 20-25).

Jesús soporta sus humillaciones en silencio, con dignidad suma. Calla y se traga sus dolores, sus penas, sus soledades... Apenas, a lo largo de la Pasión, habla lo estrictamente imprescindible y siempre cuando tiene que dar testimonio de la verdad. El, el esclavo de la verdad, el que había prometido a los judíos que creyeron en él: *«la verdad os hará libres»* (Juan, 8.32) y pedido al Padre para sus Apóstoles: *«Conságralos* —es decir: santifícalos— *en la verdad»* (Juan, 17.17), habla solemnemente para decir: *«Sí, yo soy...»* (Marcos, 14.62), *«Sí, tu lo has dicho...»* (Mateo, 26.64). Yo soy el Cristo, el Mesías, el Hijo de Dios... Habla, da testimonio de la verdad, aunque en virtud precisamente de ese testimonio, le condenen a muerte. Si vale decirlo más expresivamente, habla para que puedan condenarle a muerte: *«Ellos respondieron: ¿Qué necesidad tenemos ya de testigos? Pues nosotros mismos lo hemos oído de su boca»* (Lucas, 22.71).

3. Desilusión. La hemos intuído al hacer mención de

su extrema soledad. Desilusión por la actitud de los hombres. En la Pasión no se salva nadie. Hemos de considerar pausada y reflexivamente qué es lo que hacen durante el transcurso de esas horas los diversos personajes para descubrir si nos parecemos a unos u otros y sacar provecho espiritual en arrepentimiento de actitudes pretéritas y renovaciones futuras.

En la Pasión no se salva nadie, insinuábamos. No vamos a seguir otra vez a los Apóstoles para descubrir dónde se escondieron después de abandonar al Maestro en la noche triste de la víspera (Mateo,26.56). Alguno huyó con tanto miedo y tan precipitadamente que, perdiendo la sábana con que se cubría, *«se les escapó* —a los de la cohorte— *desnudo»* (Marcos, 14.52)... Es verdad que dos —Pedro y Juan— vuelven pronto y siguen los aconteceres del Maestro, aunque *«desde lejos»* (Juan, 18.15; Marcos, 14.54). Pero ese mismo Pedro, por ejemplo, vuelve sólo a medias. Le sucede lo que ya le ocurrió el día de la tormenta, en el lago (Mateo, 14.28-31). Entonces flaqueaba su fe. Ahora probablemente también. Y su amor era suficiente para interesarse por Cristo, pero no bastante para confesarse su discípulo, para dar testimonio de su Maestro. Ahí están las tristes historias de sus tres negaciones consecutivas (Mateo, 26.58, 69-75; Marcos, 14.54, 66-72; Lucas, 22.55-62; Juan, 18.15-18, 25-27). Menos mal que Cristo —siempre el primero, siempre llevando la iniciativa en la persecución de la oveja perdida— le mira. Antes se comportó como quien ni viera ni oyera porque no quería ni comprometer ni avergonzar a Pedro. Ahora —aprovechando una ocasión discreta a su paso por el patio del palacio del Sumo Sacerdote— *«volviéndose el Señor, miró a Pedro»* (Lucas, 22.61) para provocar sus lágrimas y, so-

bre todo, el dolor profundo de su corazón —honrado corazón de pescador— arrepentido.

No vamos a seguir tampoco a Judas hasta el árbol en el que se ahorcó (Mateo, 27.5) para volver a escuchar aquella terrible melodía que se cantaba en la antigua liturgia del Jueves Santo: *«Más le valiera no haber nacido»*. No creyó Judas en el amor de Jesús cuando tuvo tan cerca de sí sus máximas pruebas.

Y los demás, ¿qué? Los escribas y fariseos, cegados por la envidia, el odio y el rencor, cumplen su papel: llevar la lucha hasta el final. Sus corazones endurecidos no se van a ablandar por un inocente que sucumba. La verdad es que cumplen bien su papel después de haber urdido tan perfectamente la trama. Primero, por la noche, formulan contra Jesús una acusación de orden religioso —*«Si tu eres el Cristo, dínoslo»* (Lucas, 22.67), *«Entonces ¿eres tu el Hijo de Dios?* (Lucas, 22.70)— para provocar, desde el inicio del proceso, la sentencia de muerte. Con ella se presentan ante el Procurador romano, pero como éste no la puede comprender la trastocan en acusación de carácter político: *«Hemos averiguado que éste perturba a nuestra nación, y prohibe pagar los impuestos al César, y se llama a sí mismo el Mesías rey»* (Lucas, 23.2). Pero cuando, por la evidente inconsistencia de estos cargos, Cristo se les escapa vuelven a recobrar sus argumentos religiosos: *«Nosotros tenemos una ley y según esa ley debe morir, porque se tiene por Hijo de Dios»* (Juan, 19.7). Y, al final, cuando es Pilatos el que se les escurre, otra vez insisten en el chantaje de tipo político: *«Si sueltas a ése, no eres amigo del César; todo el que se hace rey se enfrenta al César»* (Juan, 19.12).

En cuanto a Pilatos se trata de un personaje cuyas acti-

tudes hacen reflexionar y enseñan mucho. No le falta buena voluntad, pero se muestra como un hombre falto de convicciones, débil y apegado a lo material. Por eso pregunta displicente: *«¿Qué es la verdad?»* (Juan, 18.38) y, como no podía ser menos, claudica ante el riesgo que corre su status socio-político de flamante autoridad de la potencia ocupante. Previamente había realizado esfuerzos inauditos para salvar a Jesús: varios interrogatorios públicos y alguno en privado (Juan, 18.33-38) para mayor garantía del presunto reo; la remisión a Herodes a quien atribuía, como el Evangelista que así lo testifica, una cierta benevolencia, mezclada de admiración, hacia Jesús *«porque desde hacía tiempo deseaba verle por lo que había oído de El, y esperaba verle hacer algún milagro»* (Lucas, 23.8). El recurso a la propuesta de liberación alternativa de Jesús o Barrabás (Juan, 18.39-40; Mateo, 27.18) no constituye asimismo, en el fondo, sino una treta más porque no podía imaginar que la saña y envidia reconocidas de sus perseguidores llegasen a preferir vergonzosamente al criminal convicto de sedición y homicidio (Lucas, 23.19). Hasta el castigo, en su primera intención, como ya hemos considerado, pretendía evitar lo peor, la muerte. Como también la última presentación de Jesús, fuera del pretorio, *«llevando la corona de espinas y el manto de púrpura»* y la proclamación que invitaba a la serenidad y compasión: *«He aquí el hombre»* (Juan, 19.5).

Todo, sin embargo, resultó vano porque Pilatos hizo uso de infinidad de medios, pero descartó —por falta de decisión y exceso de cobardía— el único eficaz y que estaba, exclusivamente, en sus manos: el sobreseimiento, la absolución del injustamente acusado. Con la particularidad de que reconoce la inocencia del Maestro por lo menos tres

veces: la primera, después del interrogatorio inicial, cuando, habiéndole preguntado: *«¿Eres tu el rey de los judíos?»*, concluye dirigiéndose a los príncipes de los sacerdotes y a las turbas: *«Yo no hallo en él culpa alguna»* (Juan, 18.38). La segunda, tras la coronación de espinas, *«Pilatos salió otra vez fuera, y les dijo: Yo os lo saco fuera para que sepáis que no hallo en El culpa ninguna»* (Juan, 19.4). Y, la última, cuando definitivamente rendido y claudicante, aún no siente vergüenza en declarar: *«Tomadlo vosotros y crucificadle, pues yo no hallo en El causa»*(Juan, 19.6).

Pero es que Pilatos estaba perdido —en su papel de indigno administrador de la justicia— desde mucho antes. Al menos desde el instante en que su poca hombría, tras el regreso de Jesús desde el palacio de Herodes, no le permitió formular sino esta contradictoria conclusión: *«... veis que yo, después de haberle examinado delante de vosotros, no he hallado en El ninguna culpa de las que le acusáis. Ni tampoco Herodes, pues nos lo ha remitido. Por tanto, nada ha hecho digno de muerte. Le castigaré, pues, y le soltaré»* (Lucas, 23.14-16). No le soltó, que hubiera sido lo único congruente y justo. Y Pilatos estaba condenado, se condenó a sí mismo, desde que, en conversación con Jesús, había confesado: *«¿No sabes que tengo poder para soltarte y poder para crucificarte?»* (Juan, 19.10).

Del pueblo no vamos a hacer mención. No se podía esperar gran cosa de él, versátil y voluble, influenciable —desde bien atrás— a todo viento de manejos interesados y de pasiones hábilmente instigadas y desatadas...

No nos resta sino reflexionar, sustituirnos a los diversos personajes y protagonistas. Porque, ciertamente, nosotros también lo somos: protagonistas de una Pasión de Cristo que redunda en salvación si sabemos afectarnos, escuchar

los reproches que eventualmente nos dirige, impregnarnos de su dolor, compartirlo con El para que, siguiéndole en la pena, algún día le sigamos también en la gloria (San Ignacio de Loyola: Ejercicios Espirituales, 95).

3

LAS SIETE PALABRAS

Cuando Pilatos —después de tomar agua y lavarse las manos delante del pueblo— pronunció aquellas palabras: «*Soy inocente de la sangre de este justo. Vosotros veréis*» (Mateo, 27.24) la multitud replicó a plena voz: «*¡Caiga su sangre sobre nosotros y sobre nuestros hijos!*» (Mateo, 27.25).

Ya había caído sangre en Getsemaní. Ahora va a volver a caer, y con más intensidad, en el camino del Calvario y en la Cruz. Y, al verla, nosotros —aunque parezca una paradoja— vamos a unirnos al clamor popular para gritar también con fuerza: «*¡Caiga, caiga también sobre nosotros esa sangre...!*» Pero no como maldición, sino al contrario, como salvación. Sangre que nos lave, que nos purifique, que nos redima y nos haga salvos. Por gracia de Dios creemos en el valor y eficacia redentores de esa sangre y, en esta disposición, nos preparamos para subir al montículo, en las afueras de Jerusalén, para colocarnos en la primera fila junto a la Cruz del Salvador... Es una piadosa ilusión porque la verdad es que, allí, todavía no hay nadie. Y, durante bastante tiempo, no van a acompañar a Jesús en la Cruz más que sus verdugos y los directamente implicados en aquella cruel escena. Faltan sus amigos. Todavía no se han recuperado. Muchas veces también nosotros nos hemos escurrido de los compromisos de un seguimiento de Jesús tan aventurado y peligroso como el del Viernes Santo.

Pero, por una vez, hoy y en espíritu, hemos subido y

vemos cómo, allí en la Cruz, hay un hombre colgado. Todavía parece que resuenan los golpes de los martillazos. Si pensamos en esos huesos atravesados sentimos como un escalofrío que estremece todo nuestro ser. Pero a Jesús le duelen y no sólo los huesos, sino la espalda y la cabeza, que no puede apoyar sobre el duro respaldo del madero. Mientras tanto la respiración se le vuelve cada vez más dificultosa por la postura, violenta y por tanto tiempo mantenida, que le provoca ahogos siempre más asfixiantes; y la sangre, que no circula con fluidez, se le agolpa en la cabeza mientras siente en las sienes unos a modo de tremendos golpetazos.

En nuestros días al condenado a muerte —en los pocos países en los que se mantiene en vigencia esta pena capital— se le ahorran molestias, procurándole una muerte que no resulte dolorosa. En todo caso se le reconoce su dignidad humana y se le presta un mínimo respeto. Cristo no lo mereció porque, a su lado, no hay más que enemigos o indiferentes. Enemigos encarnizados que le han perseguido durante tres años, cada vez con mayor saña; que le han humillado y escarnecido, de forma increíble, desde la víspera y que, ahora, cuando han conseguido alzarle hasta la Cruz, se complacen en su desgracia al saborear ya las mieles de la victoria definitiva. Indiferentes, por su parte, los soldados que se juegan a los dados los vestidos de Jesús (Juan, 19.24), y casi todos los presentes que se limitan a pasar y a mirar, una y otra vez, sin terminar de comprender lo que está sucediendo.

Uno piensa que Jesús no tendría tiempo ni ganas para acordarse de todos ellos o que, si acaso, pediría su castigo. ¿Que baje fuego del cielo o legiones de ángeles para destruirlos (Mateo, 26.53)? ¡Cómo nos equivocamos los

hombres! El Viernes Santo es día de perdón. Lo recordamos todos los años en la solemne celebración litúrgica de la muerte del Señor: qué larga lista de súplicas en la segunda parte —la oración universal— cuando ministros y pueblo ruegan por todos los hombres, por el pueblo judío, por los que no creen en Cristo, por los que no creen en Dios... ¿Por qué? Porque Jesucristo marchó delante de todos con su ejemplo cuando, en un momento en que parece que las voces se calman, mira alrededor, eleva la vista al cielo y dice: *«Padre, perdónales, porque no saben lo que hacen»* (Lucas, 23.34).

Escuchamos aterrados estas palabras porque sabemos que esos hombres, para quienes pide perdón, no han querido reconocer a Cristo que ha pasado entre ellos haciendo el bien (Marcos, 7.37) y, además, los ha iluminado con la gloria de sus milagros. Esos hombres —por envidia y odio— le han acusado de crímenes que no ha cometido... Y, ahora, *«¿perdónales, porque no saben lo que hacen»?* Tú, Señor, ¿disimulas su pecado y su maldad? ¿Te olvidas de cuánto te han hecho? ¿Les perdonas y pides al Padre que les perdone?

Hoy, Viernes Santo, y siempre, nos toca reflexionar: hemos pecado, sabíamos que obrábamos el mal, que había una Ley a la que desobedecíamos, que había —sobre todo— un Amor al que rechazábamos... Pero, realmente, Cristo tiene razón: *«... perdónales... no saben!»* Sí, no sabíamos que Jesús tenía un Corazón tan grande, creíamos que era como el nuestro, pequeño y de piedra. No sabíamos que aquél su amor era tan inmenso.

Puede haber un pecador que desconfíe del amor de Dios porque comprenda que sus pecados son muchos y grandes. Puede haber un pecador que ni siquiera quiera pedir

perdón porque, de tal manera, su corazón se encuentre endurecido. Pues uno y otro, en este Viernes Santo, acaso se acerquen hasta la iglesia donde se conmemora la muerte de Cristo: que escuchen su palabra de moribundo: «*Padre, perdónales...*». Y que entiendan de una vez —que entendamos todos y para siempre— que el amor de Jesús es más grande, y más poderoso, que su pecado o su indiferencia y que ese amor, en todos los Viernes Santos que son tantos como los días de las vidas de todos los hombres, siempre triunfará.

* * *

Los enemigos de Jesús, que están allí, junto a la Cruz, no se han saciado todavía. No han agotado aún su capacidad de venganza. Las palabras de Cristo, llenas de mansedumbre y amor, no les han conmovido y se ensañan en su debilidad. El Evangelio anota que «*los que pasaban le insultaban*» (Mateo, 27.39) mientras «*los príncipes de los sacerdotes, con los escribas y los ancianos, se burlaban y decían: 'A otros ha salvado y no puede salvarse a sí mismo... baje ahora de la cruz y creeremos en El'*» (Mateo, 27.41-42), los soldados «*también le escarnecían, acercándose para ofrecerle vinagre y decían: 'Si tu eres el Rey de los judíos, sálvate a ti mismo'*» (Lucas, 23.37).

Al lado de Jesús han crucificado a dos ladrones (Marcos, 15.27). De ellos afirma Mateo (27.44) que se sumaron al coro general de cuantos injuriaban a Jesús, aunque Lucas atribuye los insultos en particular a uno de ellos que le decía: «*¿No eres tu el Cristo? Sálvate a ti y a nosotros*»

(Lucas, 23.39).

Pensemos cómo, en este ambiente tan cargado de odio, sólo resuena la voz de los enemigos de Cristo. En la Pasión todos sus amigos han callado. Calla Judas —porque no tiene respuesta válida— cuando Jesús le pregunta: *«Amigo, ¡a lo que estás aquí!* (Mateo, 26.50) *¿Con un beso entregas al Hijo del hombre?»* (Lucas, 22.48). Calla José de Arimatea en el juicio del Sanedrín, por temor sin duda, aunque *«no había aprobado la resolución y proceder de los otros»* (Lucas, 23.51). Calla Pedro... ¡No, no calla! Peor todavía: porque Pedro sí que habla, pero de negación y maldición (Mateo, 26.58; Marcos, 14.54, 66-72; Lucas, 22. 55-62; Juan, 18.15-18, 25-27). Callan todos...

Hasta que, inesperadamente, se levanta una voz en favor de Jesús. ¿Quién es este defensor? ¿Quién va a ser? ¡El malhechor ése que está a su lado en la cruz! Un ajusticiado no podía tener a su favor más que a otro ajusticiado. Ese hombre, sin duda, ha ido reflexionando sobre todo cuanto sucedía en su entorno, en lo que estaba viendo y oyendo, en las conductas de unos y otros, singularmente en la de su extraño y desconocido compañero de tormento. Finalmente increpa y reprende al otro ladrón con quien, de antes, había compartido delitos y cárcel: *«¿Ni siquiera tu temes a Dios estando en el mismo suplicio? Nosotros, en verdad sufrimos justamente, porque recibimos lo que merecieron nuestras obras; pero éste nada malo ha hecho»* (Lucas, 23.40-41). Y, a continuación, dirigiéndose al Señor: *»Jesús, acuérdate de mí cuando llegues a tu reino»* (Lucas, 23.42).

La oración del que conocemos con el nombre del Buen Ladrón es todo un modelo de oración. Es afectuosa: le llama Jesús, con su nombre propio, con la confianza que se me-

rece un compañero de infortunio. Y es humilde: *«Acuérdate de mi»;* no le pide esto o aquello, nada en concreto, ni siquiera que le libre del tormento y de la muerte aunque, al reconocerle como Dios, cree que podría hacerlo; *«cuando llegue a tu reino»*, no pone condiciones ni exigencias de tiempos o plazos; cuando sea, acuérdate de que fui tu compañero...

Así se entiende la respuesta de Jesús, que es como un acabado retrato de su Corazón bondadoso: *«En verdad te digo que hoy...* —no dentro de unos días, o de unos años, no... ¡hoy!— *estarás conmigo en el Paraíso»* (Lucas, 23.43). De la Cruz a la gloria, del patíbulo a la solemne inauguración de aquel cielo que, ahora mismo, Jesús está conquistando con su muerte. Para sí mismo, para el Buen Ladrón, para cada uno de los salvados a lo largo de los siglos venideros...

Ese ladrón debía encerrar, debajo de la corteza de sus crímenes, un corazón generoso. Acaso nunca en su vida encontró un poco de amor a su lado, ni alguien que orientara su andar por mejores caminos. Tal vez no tuvo un padre o una madre que se ocuparan de su educación.

Padres y madres: acordaos de que vuestro primer deber para con vuestros hijos consiste en educarles convenientemente. Que el Señor os los ha dado para que los criéis para el cielo. ¿Queréis que vuestros hijos terminen en la cruz? ¡No prestéis atención a su educación! Pero, si terminan en la cruz, ¿pensáis que en ella se van a encontrar con Jesús a su lado como el Buen Ladrón? Y, si efectivamente lo encuentran, ¿estáis seguros de que van a escuchar sus palabras y entender su ejemplo? Mirad al otro y temblad, porque allí está el Mal Ladrón haciendo frente a la gracia de

Dios. Para él la Cruz es sólo una etapa en el camino de la perdición...

* * *

Las horas difíciles suponen la ocasión para los valientes. Entre los amigos de Jesús los valientes eran aquéllos que se disputaban el primer puesto, en los banquetes (Lucas, 14.7) o en el Reino (Mateo, 20.21), o los que contaban las espadas en el Cenáculo (Lucas, 22.38), Pedro que la desenvainó en el Huerto (Juan, 18.10) y que, poco antes, había proclamado: *«Si todos se escandalizan de ti, yo nunca me escandalizaré»* (Mateo, 26.33) y *«Señor, estoy dispuesto a ir contigo a la cárcel y a la muerte»* (Lucas, 22.33), Tomás que un día exhortó a sus compañeros: *«Vayamos también nosotros a morir con él»* (Juan, 11.16)...

Pero, en la hora difícil del Calvario, los valientes han desaparecido, han huído y, en su lugar, aparece un grupo de mujeres (Lucas, 23.27) conducido y presidido por María, la Madre de Jesús (Juan, 19.25). Las madres atisban los peligros de sus hijos porque Dios les ha dotado de un instinto especial para conocer cuándo son necesarias en sus vidas y, además, el amor les presta el valor que, a veces, les falta a los hombres.

María había desaparecido de la escena cuando ya su presencia no era precisa en la vida de su Hijo y podía estorbar su ministerio. Ahora reaparece, precisamente cuando todos le han dejado sólo. Ella recibe junto a sí, a su vera, a los que todavía y a pesar de todo siguen queriendo a Jesús para reconducirlos a su lado. Entre éstos se halla Juan,

el primero que se convierte de su pasada defección y cobardía, el primero que vuelve al lado del Maestro.

La Virgen, al frente del reducido grupo, se abre paso entre la muchedumbre. Contemplemos el encuentro. Con inmenso respeto miremos a Jesús para descubrir su inmensa alegría y descanso interior al sentir junto a sí a su Madre; pero, a la vez, el dolor de contemplar su tremendo sufrimiento. Y a María también. Un día fue ella quien prestó a su Hijo esa carne mortal con la que —siendo Dios- pudiese expiar nuestros pecados. Ahora preferiría morir Ella; pero conoce el misterio de la Redención —Ella, la única— y, conscientemente, realiza el ofrecimiento de su Hijo —lo que más puede costar a una madre— y por eso es la Corredentora...

Las miradas se entrecruzan, nubladas la de la Madre por las lágrimas y por la sangre la del Hijo. Entonces Jesús, con infinita ternura, pronuncia aquellas inolvidables palabras: *«Mujer, he ahí a tu hijo... He ahí a tu Madre»* (Juan, 19.26).

Desde ese momento del Viernes Santo el pueblo cristiano —representado en San Juan— ha tenido a la Virgen por Madre, es decir, ha entendido perfectamente el mensaje de Cristo agonizante que, al asociar a su Madre a su propia agonía y al decir *«He ahí a tu Madre»*, quiso enseñarnos que nos la daba para las horas difíciles, *«no como un símbolo, sino como una realidad, como la realidad que invocan en las horas de angustia nuestras madres, y de la que todos guardamos testimonio porque es Ella la que, en momentos supremos, cuando el corazón es arrastrado por las aguas negras del dolor, parece que se inclina hacia nosotros y nos alarga su manto para que, asidos a él, nos salvemos del naufragio»* (Vázquez de Mella, Discurso en Ma-

drid, Damas Catequistas, 7 de mayo de 1922).

El recuerdo de la madre ablanda el corazón. ¿No hemos llorado nunca junto a nuestra madre —de niños, de jóvenes, de hombres ya maduros— nuestras tristezas y desengaños? ¡Pero no lloramos nuestros pecados! ¡Repítenos, Jesús: *«He ahí a tu Madre»!* para que Ella, la Madre del cielo, la Virgen dolorosa al pie de la cruz nos los haga llorar, ablande nuestro corazón, convierta, de una vez para siempre, este nuestro corazón de piedra en un corazón de carne (Ezequiel, 36.26).

* * *

En las escenas anteriores hemos escuchado el diálogo de Jesús con cuantos le rodean en este momento supremo de su vida. A todos ha dedicado unas palabras: ha suplicado el perdón del Padre para quienes, lejos de pedírselo, le ultrajaban y maltrataban; se lo ha concedido espontáneamente, y el premio, al Ladrón arrepentido; a quienes más le querían y le acompañaban compasivos —a San Juan, a nosotros mismos ahora...— acaba de ofrecerles el regalo del que no había querido despojarse en su máxima pobreza y que la maldad de los hombres tampoco había sido capaz de arrebatarle: ¡su Madre!

Después de todo esto pudiera creerse que no sufre y que está en paz pero no es así. Y, además, sufre mucho. En este cuadro hemos de procurar penetrar en estos dolores. Primero, dolores del alma... Ya en el huerto los sintió y llegó a exclamar: *«Triste está mi alma hasta la muerte»* (Marcos, 14.34), (palabras que pueden interpretarse válidamente de dos maneras: tan triste que moriría ya de tris-

teza, si la voluntad del Padre no fuera el que haya de seguir sufriendo más y más hasta morir en la cruz; o también: la tristeza ya no me abandonará hasta el mismo instante de la muerte).

Pues ahora la muerte se acerca definitivamente y el Padre le ha vuelto a retirar todo consuelo. Se cuenta de mártires que, al aproximarse al suplicio, del gozo interior que les embargaba apenas si sentían los tormentos. En Cristo, por el contrario, la tristeza llega al límite; y la angustia y el asco al verse cargado con el peso de tantos pecados; y la pena de saber que los hombres siguen y seguirán rechazando sus sufrimientos y, sobre todo, la gracia que con ellos merece y les brinda.

Jesús, entonces, ¿qué hace? Comienza a orar en voz alta: *«Dios mío, Dios mío, ¿por qué me han abandonado?»* (Marcos, 15.34). Antes hacíamos referencia a la oración del Buen Ladrón, ahora hay que detenerse a considerar la de Cristo. Parece como si quisiera darnos a entender que el secreto de una vida cristiana está en la oración y enseñarnos prácticamente lo que tantas veces predicó: que hay que orar sin desfallecer (Lucas, 18.1), orar para no sucumbir a la tentación (Mateo, 26.41; Lucas, 22.40). Sólo unas horas antes los Apóstoles descuidan esta recomendación, duermen en lugar de orar (Mateo, 26.40; Lucas 22.45) y, al poco, le abandonan en bloque. Jesús, en cambio, en su oración prolongada por tres interminables horas, encontró la fortaleza con que encara la Pasión. Ahora, en la oración, una vez más, vuelve a buscar la fuerza precisa.

Rezar, orar, no consiste en repetir fórmulas sin apenas entender su significado; ni tan siquiera en pasar largos ratos en la iglesia. Al menos no consiste sólo en eso. Con-

siste en acordarse de Dios, en hablar con Dios. ¡Qué poco nos acordamos de Dios!

Amanece un nuevo día. Durante la noche las estrellas, con su luz vacilante, a su modo, han seguido alabando a Dios; y los arroyuelos que discurren por entre las peñas y riscos, corriendo y cantando, también. Con la aurora las flores se abren, expanden su aroma, saludan a Dios. Los pájaros con sus trinos alaban a Dios. Todos alaban a Dios. Pero ni las estrellas, ni las fuentes, ni las flores ni los pájaros lo saben. Solamente el hombre al despertar puede, conscientemente, saludar y alabar a Dios con su oración; pero el hombre —¡tantas veces!— no se acuerda de Dios.

Y después de pecar tampoco nos acordamos de Dios. No sentimos el vacío, la nostalgia de Dios. Somos peores que el Hijo pródigo cuando, en su miseria, se acuerda de su Padre, piensa lo que le va a decir (Lucas, 15.17-19), está orando a su modo...

Cristo nos espera siempre, espera nuestra llamada, nuestra oración. El Hijo pródigo podía dudar del recibimiento de que iba a ser objeto por parte de su padre, nosotros no. Nos basta, para convencernos, levantar nuestra mirada hasta la Cruz y ver los brazos de Jesús abiertos y clavados. Bien clavados para que no se canse de tenerlos así, no sea que los baje y no pueda abrazarnos en la hora del encuentro.

Cristo va a morir: llama a su Padre. Nosotros ¿qué vamos a rezar a la hora de la muerte si no hemos rezado en vida, si no sabemos hablar con Dios? Y ¡qué triste tiene que ser morirse sin saber llamar a Dios, al Padre, en ese momento!

* * *

Hemos recordado cómo Jesucristo es Dios. Pero no podemos olvidar que también es hombre —recordemos lo que Pilatos proclamó: *«He aquí el hombre»* (Juan, 19.5)— y como hombre tiene un cuerpo, como el nuestro, capaz de sufrir.

Este es el misterio: un Dios que, por ser hombre a la vez, sufre como los hombres, mucho más que los hombres porque le fue dado un cuerpo perfectísimo, con una sensibilidad extrema, especialmente dispuesto para esta misión de redención dolorosa que ahora cumple. Lo recordaba San Pablo cuando pone en boca del Mesías al entrar en este mundo: *«Me has formado un cuerpo»* (Hebreos, 10.5) para ofrecerlo en sacrificio que sustituya a las oblaciones de la Antigua Ley que no agradaron a Dios.

No es posible explicar ni entender los dolores físicos de Cristo. Aunque lo contemplemos colgado en la Cruz en una postura insostenible. Tratamos de acercarnos a su sufrimiento pensando que apenas somos capaces de mantenernos un largo rato quietos, sin movernos, aunque la postura inicial resulte cómoda. A lo largo se nos hace inaguantable. ¡Y así casi tres horas! Pero con unas llagas en las manos y en los pies, a consecuencia de los clavos, que por momentos se desgarran más y más. Con una angustia interior creciente y unas fuerzas físicas cada vez menores. Por todo su cuerpo se extiende el picor de la sangre coagulada y el escozor producido por las ráfagas de aire, mientras las moscas excitan los nervios debilitados. Y la lengua pegada al paladar en medio de una sed espantosa... La sed se tiene, acaso, por el mayor de los tormentos. La Historia narra escenas espeluznantes de hombres que, en medio del desierto, disputan como fieras un poco de agua; o de enfermos que, tras heridas u operaciones quirúrgicas, beben

agua aunque les cueste la vida. Ni el Evangelio ha encontrado mejor representación de los males del infierno que la que se deduce de la súplica angustiosa del rico malo: *«Padre Abraham, ten compasión de mí y envía a Lázaro a que moje en agua la punta de su dedo y refresque mi lengua porque estoy atormentado en esta llama»* (Lucas, 16.24).

Jesús —que había perdido ya tanta sangre— padece este tormento y para que, conociendo su sufrimiento, conozcamos también la magnitud de su amor nos lo dice sencillamente: *«Tengo sed»* (Juan, 19.28). Los soldados, entonces, empapando en vinagre una esponja y sujetándola a una caña se la dan a beber (Mateo, 27.48). Jesús prueba el vinagre, en señal de agradecimiento, pero prefiere seguir sufriendo sin alivio alguno en sus sentidos. Es que había ya aceptado de antemano el sufrimiento: *«¿No voy a beber el cáliz que me ha dado el Padre?* (Juan, 18.11). Esta es la hora de demostrar la sinceridad de su disposición.

El sufrimiento no puede faltar en la vida de aquí abajo si queremos alcanzar la verdadera vida. Refiriéndose a sí mismo Jesús lo iba a confirmar, como veremos, tras su Resurrección. Pero a todos, ya antes, nos lo advertía claramente sin edulcorar el mensaje: *«Si alguno quiere venir en pos de mi, niéguese a sí mismo, tome su cruz y sígame»* (Mateo, 16.24).

El sufrimiento no nos ha de faltar. Aunque nos disguste y nos esforcemos por apartarlo de nuestro entorno haciendo para ello cuanto esté en nuestras manos. Aunque no entendamos las razones de su presencia. ¿Por qué sufro yo? ¿Por qué, a mí, esta desgracia, este dolor? No lo sé. No hay nunca respuesta humana a la interrogante del dolor. Ni sociológica, ni filosófica. Sólo sé que Cristo ha sufri-

do el primero. Y de El había dicho el Padre: *«Este es mi Hijo, el predilecto, en quien me complazco»* (Mateo, 3.17). Entonces, si eso es así, yo no me puedo quejar. Y sé, igualmente, que Cristo a quienes más quiere regala con la Cruz: a la Virgen, a quien permite acompañarle allí a sus pies; al Buen Ladrón para conducirle de la Cruz al cielo; más tarde también a Pedro como premio a su declaración de amor —*«Sí, Señor, tu sabes que te amo»* (Juan, 21.15)—: *«... cuando seas viejo, extenderás tus manos, y otro te ceñirá y te llevará a donde no quieras»* (Juan, 21.18).

Yo sé, finalmente, que si Cristo me envía la Cruz es porque puedo con ella; que si me la envía, me la envía como regalo; y que, si yo de veras la acepto como regalo, la Cruz ya no es una cruz.

* * *

Se acercan los momentos finales. Jesús se concentra en mayor soledad. Ya la gente —cansada, aburrida del espectáculo, un poco temerosa quizá— se aparta de aquel lugar mientras las tinieblas van cubriendo la tierra (Lucas, 23.44) envolviendo en su manto oscuro a los criminales: *«esta es vuestra hora y el poder de las tinieblas»* (Lucas, 22.53). Parece como si el orbe entero y todas las criaturas se avergonzaran de contemplar la maldad de los hombres...

Cristo, que acaba de probar el vinagre, sabe que no falta ya nada por suceder de cuanto predijeron los Profetas y exclama: *«Todo está cumplido»* (Juan, 19.30).

En el atardecer de cada día de la creación Dios echaba una mirada a su obra y la encontraba acabada, perfecta: *«Y vio Dios que estaba bien»* (Génesis, 1.10...) Aquella obra no le costó nada, fue producto de su palabra omnipotente, de su «fiat» creador: *«Haya luz...»* (Génesis, 1.3...). En este otro atardecer de la Pasión, Jesús lanza otra mirada y contempla, asimismo, que, por su parte, *«todo lo había hecho bien»* (Marcos, 7.37). Pero esta obra le ha costado mucho: humillaciones desde la cuna, trabajos y sacrificios sin cuento, incomprensiones, persecuciones, dolores y sangre...

«Todo se ha cumplido» es un grito de alivio, equivalente «todo ha concluido». También para nosotros terminará un día ese dolor que nos persigue como compañero inseparable en el camino y en la vida. Porque en este mundo nada hay eterno que no sea Dios y su premio o castigo; todo pasa, todo cansa, todo se rompe con el tiempo: pasa el sufrimiento, cansa el placer por el que sacrificamos e hipotecamos la gracia de Dios, se rompen los lazos más íntimos de la amistad o de la fidelidad prometidas. Sólo permanecen nuestras obras, buenas o malas, que nos acompañan para siempre (Apocalipsis, 14.13). Es grito de alivio porque ese dolor, ese sufrimiento que queda atrás, envuelto en las tinieblas del Viernes Santo, abre un horizonte de luz en un porvenir glorioso.

«Todo se ha cumplido» es también grito de satisfacción *«Todo se ha cumplido»*, es decir, he hecho cuanto debía. Cristo había venido al mundo para cumplir la voluntad del Padre: *«¡He aquí que vengo... a hacer, oh Dios, tu voluntad!»* (Hebreos, 10.7; Salmo 40.9). Esa fue su divisa desde el primer momento de su existencia terrena. Ese fue su alimento: *«hacer la voluntad del que me ha enviado y llevar*

a cabo su obra» (Juan, 4.34). Ahora, pues, con la satisfacción del deber cumplido, puede repetir: *«Yo te he glorificado en la tierra llevando a cabo la obra que me encomendaste realizar. Ahora, Padre, glorifícame tú, junto a ti, con la gloria que tenía a tu lado antes que el mundo fuese»* (Juan, 17.4-5). Por eso muere tranquilo.

Todo ha terminado. Un día tendremos que repetirlo nosotros mismos. Todo ha terminado; se acabó mi dolor, se acabaron mis días. Ojalá que, en ese momento, podamos repetir también como Jesús: he hecho todo lo que debía, cosas grandes o pequeñas —no importa—, predicar en los púlpitos o coser la ropa de los hijos, enseñar en la escuela o arar en la pieza, administrar los intereses y el bien público de la nación o pagar con justicia el trabajo de los obreros... He hecho lo que Dios me pidió cada hora, cada día, cada año de mi vida... En mi casa, en mi familia, en el oficio o en el cargo que desempeñé, en la calle, en la iglesia... Con mis superiores, con mis inferiores, con mis amigos, también con mis enemigos... ¡Todo ha terminado y todo ha estado bien hecho!

* * *

Jesús va a morir y siente ese escalofrío y la inquietud de la muerte: como nosotros, porque es hombre como nosotros y quiso parecerse en todo a nosotros.

Necesita un apoyo. La tierra no se lo presta y siente que su alma emprende el vuelo hacia alturas superiores; los hombres tampoco le ayudan porque no tienen recursos para las horas supremas. Entonces se vuelve a su Padre, a

su Dios: *«Padre, en tus manos entrego mi espíritu»* (Lucas, 23.46).

Con un acto de confianza termina la enseñanza de Jesús. Confianza en el Padre que hace llover sobre buenos y malos y viste a los lirios del campo (Lucas, 12.27), que da grano a los pájaros (Lucas, 12.24) y tiene contados los cabellos de nuestra cabeza (Mateo, 10.30).

«En tus manos...» ¿Cómo serán las manos del Padre si las de los hombres son tan buenas? Manos de madre que estrechan junto al pecho, que acarician y curan. Manos de amigo que abrazan. Manos de sacerdote que bendicen, consagran, perdonan...

Señor: tu entregas el espíritu en manos del Padre y te vas. ¿Y yo? Yo también necesito confianza en la vida y en la muerte. Necesito confiar en las manos de tu Padre. En la vida porque me tambaleo en mi andar penoso entre dificultades y tentaciones: necesito unas manos que me sostengan. Me pego a la tierra, que me atrae y seduce con fuerza casi irresistible: manos que me levanten. Me mancho demasiadas veces con el polvo del camino y con el roce de las cosas: manos que me purifiquen!

En la muerte necesito las manos de tu Padre que me moldearon y me dieron todo lo que soy y todo lo que tengo. Esas mismas manos que —así lo espero— me recibirán en el abrazo final para que en ellas deposite mi tesoro: mi alma, mi espíritu...

Señor: en esa hora no confío en mi esfuerzo personal que tantas veces falla y, en todo caso, es siempre insuficiente. Ni en mis oraciones, pobres, desvalidas y mal hilvanadas. Ni en mis méritos, de los que carezco. Sólo confío en ti, en tus manos...

Por eso acepto ya desde ahora presentarme, como Jesús,

desnudo de todo, con mis manos desprovistas de riquezas, limpias de malas acciones, encallecidas en el trabajo silencioso, para que las tuyas me acojan benévolas.

Padre, entonces y ya: *«En tus manos entrego mi espíritu»*.

* * *

Jesús ha pronunciado sus últimas palabras con voz fuerte, ha inclinado la cabeza y ha muerto (Juan, 19.30).

Los judíos creen que la historia ha concluido, pero se equivocan. Porque, casi al mismo tiempo, allá abajo, en Jerusalén, el velo del templo se rasga en dos, de arriba a abajo, y la tierra y las rocas se parten mientras los sepulcros se abren y los muertos resucitan (Mateo, 27.51-53).

¡Pero todo eso es nada! Junto a la Cruz, el centurión glorifica a Dios proclamando: *«Verdaderamente este hombre era justo* (Lucas, 23.47), *era Hijo de Dios»* (Marcos, 15.39). Y los curiosos, que aún permanecían en los alrededores, bajan arrepentidos y dándose golpes de pecho (Lucas, 23.48). Es decir: que los hombres comienzan a creer y que Jesús —precisamente entonces, con su muerte— empieza a triunfar y reinar, como lo había predicho: *«Cuando yo sea levantado de la tierra, atraeré a todos hacia mí»* (Juan, 12.32).

Nosotros no disimulamos ni nos avergonzamos de la muerte de Jesús, imitamos al centurión y, en este día de Viernes Santo, en la hora de las tres de la tarde en tantas iglesias y catedrales cantamos el Credo, un Credo de acentos estremecedores que se hacen angustia y triunfo: ¡Creo que Jesús ha muerto! ¡Y, porque ha muerto, creo en su amor!

También esto lo había anunciado; pero hasta este instante no lo acabábamos de entender: *«Nadie tiene mayor amor*

que el que da su vida por sus amigos» (Juan, 15.13). Ahora sabemos que ha muerto por nosotros y que es nuestro amigo. Y el Apóstol del amor nos lo confirma__ *«Tanto amó al mundo que dio a su Hijo único, para que todo el que crea en él no perezca, sino que tenga vida eterna»* (Juan, 3.16).

A los pies de Cristo mostramos nuestro agradecimiento y conversión de corazón porque ha muerto por nuestras culpas y bendecimos esa Cruz manchada con su sangre. Y queremos que, en adelante, esa misma Cruz presida nuestra casa y nuestras empresas y cubra un día nuestros pobres huesos. Hoy, ante esa Cruz, saboreamos el testimonio de esperanza, de confianza y amor que encierran las palabras de su testamento.

... A LA LUZ

La Pascua —la Pascua del domingo de Resurrección— es la fiesta de la alegría. La alegría de sabernos definitivamente librados del pecado. La alegría de saber que Cristo ya no muere (Romanos, 6.9) y que, resucitado, vive para siempre en el cielo a la derecha del Padre intercediendo por nosotros (Romanos, 8.34); en la tierra presente con su cuerpo glorioso en la Eucaristía; vivo también a través del mensaje del Evangelio que encierra la gran verdad, la que jamás hasta ese primer domingo cristiano habían llegado a entender los discípulos: *«que Jesús debía resucitar de entre los muertos»* (Juan, 20.9). Este es el compendio de la Escritura. Como si toda ella no dijera otra cosa. Porque ahí se resume todo; porque, si no fuera así, en expresión de San Pablo, seríamos *«los más desgraciados de todos los hombres»* (1.ª Corintios, 15.19).

Y es también, la Pascua, la gran fiesta de la luz. Hacía falta mucha luz, un derroche de luz, para poder rasgar las tinieblas que en la tarde del Viernes Santo habían cubierto toda la tierra (Lucas, 23.44). Aquellas tinieblas eran las del pecado; esta luz, la de la gracia conquistada por el Redentor. Y, ya se sabe, la redención fue copiosa: *«donde abundó el pecado, sobreabundó la gracia»* (Romanos, 5.20).

La luz de la Resurrección nos permite ver las cosas como realmente son y apreciarlas en su verdadero valor. Nos obliga a vivir de un modo nuevo despojándonos *«del hombre viejo que se corrompe siguiendo los deseos engañosos»* y renovándonos *«del Hombre Nuevo, creado según Dios, en la justicia y santidad de la verdad»* (Efesios,

4.22-24). Nos exige la conversión en luz del mundo (Mateo, 5.14), testimonio para los demás, llamados a resucitar con Cristo: «*Cuando aparezca Cristo, vida vuestra, entonces también vosotros apareceréis gloriosos con él*» (Colosenses, 3,4).

Necesitamos una abundante dosis de fe para creer en todo esto. Sin fe no se entiende nada, no se reconoce a Cristo resucitado. Lo había advertido Jesús a Marta, la de Betania: «*¿No te he dicho que, si crees, verás la gloria de Dios?*» (Juan, 11.40).

Hasta aquí ha de llegar nuestra conversión: creyendo en la Pascua de Jesucristo y en la Pascua de hoy creeremos también en la Pascua del futuro, en un final glorioso como el de Jesús. La Pascua de los judíos significaba el paso del Señor (Exodo, 12.11). Así nuestra Pascua —la del Bautismo, la de cada domingo, la de la Eucaristía— será también el paso hacia la gran Pascua, el gran paso hacia la casa del Padre y el banquete definitivo y eterno.

4

REENCUENTROS EN GOZO

La escena de la Resurrección nadie la contempló. Dios la quiso reservar para sí y para quienes —más allá ya de la vida terrenal—, después de mucho sufrir y esperar, bien merecían esas primicias.

Había mucha santidad en el limbo, en aquel Hades de cuyos dolores fue librado Jesucristo cuando Dios le resucitó (Hechos, 2.24): la de nuestros primeros padres, cargados de años y de penitencia; la de Moisés y los Profetas que, uno tras otro, consumieron sus vidas por la verdad; la del Rey David, el cantor de las alabanzas del Señor; la de Zacarías e Isabel y Joaquín y Ana; la de Juan el Bautista, el mayor entre los nacidos de mujer (Lucas, 7.28); la de José, el padre de Jesús...

Toda esa santidad acumulada no había sido capaz, por sí misma, de franquear las puertas del cielo. Era preciso que llegara el Santo por excelencia, el sólo Santo. Y ahora se van a abrir aquellas puertas, después que los ángeles recojan la sangre derramada y esparcida en el Huerto, en el patio del Pretorio, en el camino del Calvario y en la Cruz, para que vuelva a circular por las venas de Jesús; después también de que el alma anime de nuevo al cuerpo encerrado tras la piedra sellada, bien custodiado por los soldados (Mateo, 27.60, 65-66).

San Ignacio de Loyola sostiene expresamente que Cristo *«ya resucitado, se apareció en cuerpo y alma a su bendita Madre»* (Ejercicios Espirituales, 219) y saliendo al paso

de las objeciones de los letrados en Teología se adelanta a refutarles: «*Esto, aunque no se diga en la Escritura, se da por supuesto al decir que se apareció a tantos otros; porque la Escritura supone que tenemos entendimiento, como está escrito: '¿También vosotros estáis sin entendimiento'?* (cita a Mateo, 15.16)». Deliciosa manera de sostener lo que le pide su corazón de enamorado de María. Pero, admitiendo la tesis ¿por qué no nos relata, efectivamente, el Evangelio este primer encuentro de Jesús resucitado? Tal vez porque María no estaba necesitada como otras mujeres —y otros hombres—, como todos los demás, de consuelo. Su dolor era un dolor en esperanza. Así se lo había anunciado el anciano Simeón: «*una espada atravesará tu propia alma*» (Lucas, 2.35), pero el Niño que presentaba en el Templo, el Resucitado de este domingo de Pascua, estaba puesto «*para ... levantamiento de muchos*» (Lucas, 2.34) porque era «*Luz para iluminación de los gentiles y gloria de tu pueblo Israel*» (Lucas, 2.32). Y la Virgen «*esperando contra toda esperanza, creyó*» (Romanos, 4.18) en la Resurreción de su Hijo como antes había también creído en las palabras del Angel: «*¡Feliz la que ha creído que se cumplirían las cosas que le fueron dichas de parte del Señor!*» (Lucas, 1.45).

En todo caso el gozo de la Virgen tuvo que ser inmenso. Era su Madre. Era la más santa entre las santas y la que penetraba con mayor penetración que nadie los misterios de su Hijo. Era igualmente quien había participado más cercana e intensamente en sus dolores.

¿Qué veía la Virgen a través de su mirada de fe? La gloria de Jesús, triunfador de la muerte, del pecado y de las potencias del mal. Las perspectivas inmensas de la Redención, el gozo de haber completado la empresa encomen-

dada. El triunfo mayor de Cristo que era Ella misma... Y nosotros, al reflexionar en todo esto, nos gozamos íntimamente en el gozo de Jesús que consigue hacer gozar así a su Madre.

Mientras ocurría cuanto acabamos de apuntar había otras almas que pensaban en Jesús y corrían hacia su sepulcro: las mujeres y Magdalena (Mateo, 28.1; Marcos, 16.1-2; Lucas, 24.1). Su dolor no se parecía al de la Virgen. Por el contrario, era un dolor sin esperanza. ¡Y cuánta imperfección en su fe! Todo cuanto emprenden: la compra de perfumes, los planes para ungir a Jesús, constituye indicio inequívoco de que ni piensan ni creen en su inmediata resurrección. No importa, porque Jesús sólo va a tener en cuenta su amor y su buena voluntad. Un amor que allana obstáculos: *«¿Quién nos retirará la piedra de la entrada del sepulcro?»* (Marcos, 16.3); que impulsa a grandes obras, llenas de dificultades para esas pobres mujeres si Cristo no hubiera realmente resucitado. Hemos de saber que cuando uno ama de veras llega hasta donde en modo alguno hubiese sido capaz de llegar con las solas fuerzas naturales.

Así, aquellas buenas almas llegaron hasta el sepulcro donde, con sorpresa, encontraron la piedra retirada; ya dentro se toparon con un joven vestido con túnica blanca que les tranquilizó anunciándoles la resurrección de Jesús y transmitiéndoles, además, el encargo de avisar a Pedro y demás discípulos que les esperaba en Galilea (Marcos, 16.4-7).

Parece como si Marcos no conociera bien la psicología femenina porque consigna, a continuación, que ellas, al salir corriendo y todavía asustadas, *«no dijeron nada a nadie»* (Marcos, 16.8). Pero Mateo las conocía mejor cuando puntualiza que *«corrieron a dar la noticia a sus discí-*

pulos» (Mateo, 28.8). ¡Les picaba la noticia en la lengua! Y Jesús se pone de su parte. No en vano han obedecido y marchan a transmitir el encargo recibido. No importa que la obediencia resulte gustosa en este caso. El gozo no hace perder el mérito. Y se les aparece (Mateo, 28.9-10). Para ellas estaban reservadas las primicias —al menos las consignadas en el Evangelio— de las consolaciones de Cristo resucitado.

Mientras tanto Magdalena, que también había salido *«de madrugada, cuando todavía estaba oscuro»* (Juan, 20.1) camino del sepulcro y, a lo que parece, sola, seguía merodeando y *«llorando fuera, junto al sepulcro»* (Juan, 20.11). Es que ya no le interesa nada en el mundo más que Jesús y quiere encontrarlo por encima de todo; y Dios premiará pronto su fidelidad. Jesús se ha convertido en su obsesión; no piensa sino en El, no habla sino de El. Todo un programa para quien se tiene por discípulo; pensar en Jesús, hablar con Jesús, amar a Jesús, agradar a Jesús, trabajar, sacrificarse, morir por Jesús para, finalmente, ver a Jesús.

La verdad es que Magdalena ni siquiera siente la necesidad de designarlo por su nombre cuando tropieza con aquél a quien toma por el encargado del huerto. De tal manera supone que todos sintonizan con sus sentimientos más profundos. Sin preámbulos ni mayores precisiones le espeta: *«Señor, si tu le has llevado, dime dónde le has puesto, y yo me lo llevaré»* (Juan, 20.15). Pero no está aún del todo preparada internamente. Abundan los signos (como luego para los Apóstoles que seguirán sin creer aunque todo les debería inclinar a esa fe), pero no percibe su significado. Hasta que Dios le ilumine. Tiene que venir El en persona. Así también nosotros: cuanto menos veamos y entendamos el significado oculto de tantas cosas, aconteci-

mientos, actitudes de los hombres —y también del mismo Dios— sobre nosotros, más resplandecerá junto a la propia impotencia, el gozo de Jesús que viene a llenar y a colmar nuestros vacíos e insatisfacciones.

Por fin Jesús desvela su rostro: «... *le dice, 'María'. Ella le reconoce...*» (Juan, 20.16). También Jesús, hoy, pronuncia nuestro nombre, como cuando nos eligió en el Bautismo. Como Magdalena, quisiéramos quedarnos con El, pero nos envía a predicar —de tántas maneras...— a los hombres; nos invita a llenarnos de Cristo para darlo a los hermanos con la alegría y el gozo que desbordaban Magdalena y las mujeres tras el encuentro con el Resucitado.

Así seremos testigos de la Resurrección. Ella se manifestará en efectos semejantes a los que se produjeron en Jerusalén aquel día en que «*se abrieron los sepulcros, y muchos cuerpos de santos resucitaron. Y, saliendo de los sepulcros después de la resurrección de él, entraron en la Ciudad Santa y se aparecieron a muchos*» (Mateo, 27.52-53). Pero, sobre todo, han de notarse en nosotros los efectos espirituales de la Resurrección de Cristo. Nueva exigencia para nuestra vida, nueva realidad transformada y sublimada. Si antes fue vida en oscuridad, ahora será en luz; antes material, ahora espiritual; antes pecadora, ahora virtuosa; antes terrestre, ahora celestial. A las obras de la carne que enumera San Pablo sustituyen los frutos del Espíritu que «*es amor, alegría, paz, longanimidad, benignidad, bondad, fidelidad, mansedumbre, templanza...*» Cálatas, 5.22-23).

La divinidad de Cristo, tan escondida durante la Pasión, irrumpe en su resurrección con tanta fuerza, tan irresistiblemente, que transforma, así, los corazones y las volun-

tades de los hombres. Nos alegramos con la alegría y el gozo del Resucitado. Nos alegramos con la alegría y el gozo del Dios que alegra nuestra juventud eternamente recuperada (Salmo, 43.3).

5

ERA NECESARIO

Volvemos, de nuevo, a esos «signos» que están a la vista y nos hablan, pero sin entender su mensaje mientras nos falte fe o hasta que Dios no llegue en nuestra ayuda. No vemos la voluntad de Dios en una orden clara de quien tiene autoridad legítima sobre nosotros ni el amor de Dios manifestado a través de una tribulación sobrevenida; o el desorden interior que nos domina al adoptar determinadas actitudes o posturas en la vida.

Lo mismo les ocurría a aquella pareja de discípulos que caminaban desde Jerusalén hacia Emaús. Lo tenían todo, o casi todo. Un buen concepto de Jesús, si bien todavía un tanto incompleto: *«fue un profeta poderoso en obras y palabras delante de Dios y de todo el pueblo»* (Lucas, 24.19). Un conocimiento confuso de su misión como libertador de Israel (Lucas, 24.21) y de las Escrituras en relación con el transcurso ya de tres días desde los sucesos que comentaban (Lucas, 24.18 y 21). Noticia detallada del sepulcro vacío y de la presencia junto a él de los ángeles (Lucas, 24.23). Comprobación testifical de los propios discípulos... (Lucas, 24.24). *«Pero a él no le vieron»* (Lucas, 24.24. ¡Estaban exigiendo ellos mismos lo que exigiría Tomás! (Juan, 20.25).

Les faltaba fe y les sobraban derrotismo y desaliento. Humanamente juzgando no era para menos: habían puesto su ilusión en el Maestro, habían jugado a una baza y la habían perdido. La muerte de Cristo, su fracaso mesiánico, el bochorno que a ellos mismos aguardaba, todos esos re-

cuerdos y el de la Ciudad en que esos acontecimientos se habían desarrollado les quemaba. Y ponían tierra de por medio porque, además, no sabían qué más podría todavía ocurrir y a ellos en primer lugar. Les invade la tristeza que se refleja aun en su semblante exterior cuando el solitario viajero con quien topan en el camino les interroga (Lucas, 24.17). No debían haber abandonado la compañía de quienes en Jerusalén comenzaban ya a creer. Su ilusión, compartida, del buscar activamente a Jesús hubiera levantado su ánimo. Pero la tristeza y el desaliento son, casi siempre, muy malos consejeros. Por eso se marchan. ¡Cuántos, todavía hoy, en los desengaños, amarguras, fracasos... nos alejamos de Jesús, de su compañía, cuando por el contrario y como los santos —que, junto a El, han sabido encontrar siempre la alegría— debíamos acercarnos más que nunca en la oración y en el desahogo ante el Sagrario, por ejemplo!

Nuestros caminantes prefieren desahogarse mutuamente y *«conversaban entre sí sobre todo lo que había pasado»* (Lucas, 24.14). Por lo menos manifiestan, y no es poco, que Jesús no les era en modo alguno del todo indiferente. Por eso mismo no podemos juzgarles con excesiva dureza porque también nosotros sentimos desilusión —y la expresamos inoportunamente en ocasiones— de la Iglesia, de sus ministros o de sus obras, de quienes nos rodean o colaboran con nosotros, de nuestros amigos, de nosotros mismos cuando nos parece no alcanzar las cotas, en virtudes o en cualidades naturales, que nos hemos propuesto... Y, además, porque también todo los restantes Apóstoles y discípulos participaban de parecidos sentimientos. Todos se habían mostrado deficitarios en la Pasión y seguían siendo todavía deficitarios. Todos sienten en su interior la imperiosa necesidad de alcanzar perdón, todos viven acobar-

dados y alguno, Tomás, obstinado en su ya comentada resistencia a creer. Tratan de ahuyentar el miedo, de entretener su ocio y de suplir la llamada a una misión fracasada ya al parecer, recurriendo a su antigua profesión. Allí en el mar familiar de Tiberíades, les va a encontrar Jesús que viene a llenar los huecos y vacíos de sus almas ejerciendo su oficio de consolador en el más amplio y evocador sentido del término.

Sólo exige un mínimo de disposición. Ella sola no bastará; pero sobre esa base, El ya se encargará de construir paulatinamente el nuevo edificio. La disposición mínima y común de todos estos hombres y mujeres era la de su nostalgia del Maestro que, en el fondo y casi inconscientemente, todos mantenían. Ya la hemos descubierto en los de Emaús a través de su conversación. Y esa misma nostalgia es la que perseguía a Magdalena y le obligaba a permanecer junto al sepulcro (Juan, 20.11) e impulsaba a Pedro y Juan a iniciar aquella rápida carrera campo a través que solamente terminó en el interior de la cámara mortuoria con el detenido examen de las vendas y sudario que habían envuelto el cuerpo de Jesús. Hasta ese preciso instante *«no habían comprendido que según las Escrituras Jesús debía resucitar de entre los muertos»* (Juan, 20.9).

La nostalgia de Dios presupone haber sentido alguna vez su presencia cercana. Por eso son tan importantes los encuentros con El en la oración. Debemos procurarlos y, en cuanto esté en nuestra mano, esforzarnos porque quienes viven en nuestro entorno los tengan también. No podemos ni siquiera imaginar lo que ayuda y conforta, en momentos difíciles de la vida, cuando la visión de la fe se oscurece, el saber que un día se sintió cerca a Dios, se experimentó su presencia personal, indefinible, pero real.

Sobre esas disposiciones básicas —insuficientes, pero indispensables— Cristo actúa perfeccionándolas y completándolas. El dar las gracias y consuelos es privativo de Jesús. A mí me toca preparar el alma, orar, leer, ambientar el espíritu, hacerle ver que su presencia me interesa más que mi comodidad, mi salud, mis entretenimientos, mi trato con la gente, más que todo lo demás que no sea El mismo.

Pero seguíamos en el camino de Emaús. Jesús se detiene al pasar junto a aquellos dos hombres. Todas las trazas, a tenor del relato evangélico, indican que el primer contacto no resultó ni demasiado espontáneo ni cordial; pero los viajeros terminan soltando todo aquello que llevaban dentro y les hacía daño y que ya hemos escuchado. Y añaden algo que es lo que más les desconcierta: quienes condenaron a muerte y crucificaron a Jesús no eran unos facinerosos, unos irresponsables, no constituían un tribunal popular revolucionario. Eran *«nuestros sumos sacerdotes y magistrados»* (Lucas, 24.20), en una palabra, lo más granado del pueblo de Israel. Eso también nos desconcierta: los planes de Dios, las contradicciones de los que aman y sirven a Dios y se oponen a lo que nosotros también, por amor y en servicio del mismo Dios, quisiéramos hacer...

Ellos habían hablado y ahora le toca el turno a Jesús. Lo va a hacer como El sabe, con elocuencia y verdad. Y como un amigo, como un buen amigo; no como un adulador. Por eso reprende. No siempre y en todo ni a todos se puede decir amén. Aunque el amén contente y la verdad duela; pero hay verdades que curan. Así fueron las de Jesús: *«¡Oh insensatos y tardos de corazón para creer todo lo que dijeron los profetas! ¿No era necesario que el*

Cristo padeciera eso y entrara así en su gloria?» (Lucas, 24.25-26).

Había en aquellos hombres algo más que su fe vacilante, su desilución y pesimismo, había probablemente algo más radical que impedía la intelección del misterio. Era un aspecto que no habían llegado jamás a aceptar en el mensaje de Cristo. El Cristo de los de Emaús, el de su imaginación y sus sueños dorados, era un Cristo disminuido y mutilado. Habían creído a medias a los Profetas y pensaban en el Mesías glorioso y triunfador, no en el Mesías doliente del capítulo 53 de Isaías. ¡Cuántas veces, en nuestra vida espiritual y religiosa hay también algo que no nos «tragamos» y que, a la postre, va a impedir la verdadera consolación! No nos hagamos tampoco un Cristo a nuestro gusto y medida. No basta con amar a Jesús, sino que es preciso acomodar nuestras ideas a las suyas, aceptarlas tal cual ellas son, admitir el Evangelio en su integridad e interpretado a la luz de la Iglesia y del Espíritu Santo que ilumina lo profundo si no se entornan conscientemente las contraventanas del alma.

«¿No era necesario que el Cristo padeciera eso...?» (Lucas, 24.26). Ahí estaba la clave; pero ésa era también la piedra de tropiezo. Y puede seguir siéndolo para nosotros que, lo estamos adivinando, seguimos llamados a idéntica suerte que el Maestro. Había, es verdad, muchos textos de la Escritura que lo anunciaban; pero tenía que bajar Jesús en persona para que todos —sus discípulos de entonces, los hombres de hoy también— lo entendieran de una vez. Es notable el interés que muestra el Resucitado en mantener visible el lazo con el Crucificado. Por de pronto conserva patentes sus llagas y, hasta ahora, el Cristo del cielo se presenta así. Esas llagas fueron sus credenciales: *«Di-*

cho esto, les mostró las manos y el costado» (Juan, 20.20); y con ellas —signo, al fin, de su humillación pasada— volvió a bajarse sometiéndose a las exigentes condiciones de Tomás: *«Acerca tu dedo y aquí tienes mis manos; trae tu mano y métela en mi costado...»* (Juan, 20.27).

Identidad, por tanto, entre el Cristo glorioso y el Cristo paciente. Lo cual significa dos cosas: que no hay Resurrección sin Pasión, pero que tampoco hay Pasión sin Resurrección. Esa identidad Cristo la explica, aquí en el camino de Emaús, refiriéndose al pasado. Días después, en Tiberíades, insiste en la misma idea aunque proyectándola hacia el futuro. Ya habíamos insinuado que un grupo de Apóstoles o discípulos volvían a su oficio y, mientras están pescando, Jesús se les va descubriendo poco a poco, según su costumbre y a la medida de su progresiva preparación. Ha bendecido la pesca con una captura inesperada e inusual por lo abundante (Juan, 21.6) lo que aguza la mirada limpia de Juan que descubre a Jesús en el desconocido de la orilla: es el amor inocente. Pedro, con su ímpetu habitual se lanza medio desnudo al agua para llegar antes que sus compañeros: es el amor penitente, sin recelo ya del perdón.

Pero hay que confirmar su misión, su primado y su mismo amor: *«Simón de Juan, ¿me amas más que éstos?* (Juan, 21.15). Pero ahora vacila y se muestra humilde. No se atreve a asegurar su amor incondicional por encima del de los demás. Por eso: no sé si más o menos que los otros, pero: *«Sí, Señor, tú sabes que te quiero»* (Juan, 21.15). Y la respuesta del Señor viene a ser ésta: Pues sí, Pedro, me amas y en señal de que me amas, en garantía de que me amarás de veras: *«En verdad, en verdad te digo: cuando eras joven,*

tú mismo ceñías, e ibas a donde querías; pero cuando llegues a viejo, extenderás tus manos y otro te ceñirá y te llevará a donde tú no quieras» (Juan, 21.18). Puntualiza el evangelista: *«Con esto indicaba la clase de muerte con que iba a glorificar a Dios»* (Juan, 21.19). Es verdad: era necesario que Cristo soportara todo aquello que soportó. Pero sigue siendo también necesario que quienes quieran seguirlo continúen abrazándose con la Cruz.

Con la Cruz que, paradójicamente, es fuente de alegría. La que siente ahora Pedro y la que sintieron los de Emaús: *«¿No estaba ardiendo nuestro corazón dentro de nosotros cuando nos hablaba en el camino y nos explicaba las Escrituras?»* (Lucas, 24.32). Habían sentido, muy cercano e íntimo, el paso del Corazón de Jesús. Por eso le habían invitado a interrumpir su viaje y detenerse: *«Quédate con nosotros, porque atardece y el día ya ha declinado»* (Lucas, 24.29). Modelo de súplica para final de un rato de oración, para después de una comunión. Para que nos ayude a terminar de entender las Escrituras, a sentir que todo nos viene de El, que a El debemos todo y de El hemos de esperarlo todo. Que aprendamos a no desfallecer en los fracasos y miserias. Al contrario, como el Apóstol, *«sólo me gloriaré en mis flaquezas»* (2.ª Corintios, 12.5), pero cuando me haya convencido de mi nada y de mi incapacidad para, en su lugar, dejar definitivamente paso a la acción de Dios en el alma.

Cristo, accediendo a su requerimiento, comparte con aquellos dos discípulos la mesa, el pan y la bendición con lo que *«se les abrieron los ojos y le reconocieron»* (Lucas, 24.31). Estaban ya perfectamente dispuestos para compartir también la alegría y los efectos de la Resurrección. Animosos, emprenden el regreso a Jerusalén para anunciar la

buena nueva y reemprender la vida recién abandonada. No sabe uno qué admirar más, si el amor de Cristo o el gozo fecundo de sus seguidores. Nos queda, en todo caso, la lección de esperanza y de confianza en la propia recuperación de nuestras energías espirituales. ¿A qué vamos a temer en adelante? ¿Al pecado? Cristo, muerto y resucitado, lo ha borrado. ¿A la muerte? La ha vencido para siempre y nos promete que quien cree en El vive para siempre (Juan, 11.25-26). ¿A las tentaciones del maligno o a las contradicciones de los hombres? El nos da su fuerza: *«Yo soy, no temáis»* (Lucas, 24.36) ¿A las penas y tristezas? Cristo ha resucitado y ya no muere más. Su amor tampoco y ese amor no nos abandona jamás.

6

MIRANDO AL CIELO

La Ascensión supone la máxima glorificación de Cristo, su retorno al punto de partida tras la victoria conseguida con la muerte y resurrección. Pentecostés la plenitud de las gracias por El alcanzadas, comunicadas ya a sus redimidos. Participación anticipada, por tanto, también de la gloria prometida, la instauración del Reino en las almas renovadas por el misterio pascual.

El relato de la Ascensión nos lo ofrece San Lucas en su Evangelio (24.50-53) y en el libro de los Hechos de los Apóstoles (1.4-11). Tendríamos que esforzarnos y procurar disfrutar del ambiente de confianza en aquella concentración de los seguidores de Jesús y, cuando descubrimos nuestras deficiencias, consolarnos al comprobar que todavía los Apóstoles no han terminado de entender el verdadero mesianismo. Porque, en aquella luminosa mañana de los alrededores de Betania, prevén que se avecina algún suceso importante, preguntan entre ingenuos y obstinados en sus viejas concepciones: *«Señor, ¿es ahora cuando vas a restablecer el Reino de Israel?»* (Hechos, 1.6). La respuesta que reciben es decepcionante respecto al contenido concreto de la interrogación. Jesús les viene a decir que eso no les importa conocer. Pero, en cambio, les promete otra cosa mejor: *«... recibiréis la fuerza del Espíritu Santo, que vendrá sobre vosotros, y seréis mis testigos en Jerusalén, en toda Judea y Samaría, y hasta los confines de la tierra»* (Hechos, 1.8). En resumen: les recuerda a todos el llamamiento apostólico, les garantiza sus auxilios hasta el

martirio y, sobre todo, les *«abrió sus inteligencias para que comprendieran las Escrituras»* (Lucas, 24.45).

No es mala disposición por nuestra parte, ni mala contemplación, la de sumarnos espiritualmente al grupo que despide al Maestro para unirnos también a cada una de las súplicas que aquellos hombres, nuestros ya viejos conocidos, le dirigían. Y, como ellos, y con ellos, pedir a Jesús, por última vez, el amor de Juan, la perseverancia de Pedro o la fe de Tomás...

Y mirar al cielo. *«Y dicho esto, fue levantado en presencia de ellos, y una nube le ocultó a su vista. Estando ellos mirando fijamente al cielo mientras se iba...»* (Hechos, 1.9-10). El contacto con Dios y la renovación a lo espiritual que la resurrección de Cristo exije en el alma cristiana suponen, en efecto, una mirada levantada al cielo. La de los Apóstoles en este día implicaba un doble componente; de una parte, algo de inactiva y falsa contemplación y, de ahí, el reproche de los ángeles: *«Galileos, ¿qué hacéis ahí mirando al cielo? Este que os ha sido llevado, este mismo Jesús, vendrá del mismo modo que le habéis visto subir al cielo»* (Hechos, 1.11). Era como un despertarles de un sueño demasiado hermoso, pero engañoso por infecundo, y empujarles a la acción en el cumplimiento de la misión que acababa de serles confirmada.

Pero aquella mirada contenía también una buena dosis de santa envidia y resignada tristeza:

«¿Y dejas, Pastor Santo,
Tu grey en este valle hondo, escuro
Con soledad y llanto,
Y Tú, rompiendo el puro
Aire, te vas al inmortal seguro?
Los antes bienhadados

Y los agora tristes y afligidos,
A tus pechos criados,
De Ti desposeídos,
¿A dó convertirán ya sus sentidos?
¿Qué mirarán los ojos,
Que vieron de tu rostro la hermosura,
Que no les sea enojos?
Quien oyó tu dulzura,
¿Qué no tendrá por sordo y desventura?
Aqueste mar turbado
¿Quién le pondrá ya freno?
¿Quién concierto
Al viento fiero airado?
Estando Tu encubierto,
¿Qué norte guiará la nave al puerto?
¡Ay! nube envidiosa
Aun de este breve gozo ¿qué te aquejas?
¿Dó vuelas presurosa?
¡Cuán rica tú te alejas!
¡Cuán tristes y cuán pobres ¡ay! nos dejas!»
(Fray Luis de León, Oda).

Tal vez miramos demasiado poco al cielo. Se escapa a nuestra pobre y limitada percepción sensorial lo más profundo y verdadero de su esencia. No sintonizamos con quienes descubrieron que:

«Aquella vida de arriba
es la vida verdadera:
hasta que esta vida muera,
no se goza estando viva;
muerte no me seas esquiva;
vivo muriendo primero,
que muero porque no muero»

(Santa Teresa de Jesús, Vivo sin vivir en mí).
Esto cantan los santos. Pero también es verdad que otro santo no sabía descubrirnos grandes cosas de aquel cielo al que fue transportado. Se trata de experiencias espirituales intransferibles. Así se expresa: *«Anunciamos: lo que ni el ojo vio, ni el oído oyó, ni al corazón del hombre llegó, lo que Dios preparó para los que le aman»* (1.ª Corintios, 2.9).

De todas formas es el mismo Pablo quien nos exhorta a una elevación práctica y eficaz, vital, de nuestras actitudes hasta ese mundo superior: *«Así, pues, si habéis resucitado con Cristo, buscad las cosas de arriba, donde está Cristo sentado a la diestra de Dios. Aspirad a las cosas de arriba, no a las de la tierra»* (Colosenses, 3.1). Y la razón es clara porque *«toda dádiva buena y todo don perfecto viene de lo alto, desciende del Padre de las luces...»* (Santiago, 1.17).

Entre esas cosas, si cabe expresarse así, la primera es Dios. Dios, la primera de las realidades, en sí mismo; Dios en el mundo y a través del mundo; Dios en las cosas, obra de su amor y reflejo de su hermosura; Dios en el alma, porque El y todos los bienes de arriba —por la gracia— están en el alma, siendo así verdad que no hay *«alguna nación tan grande que tenga los dioses tan cerca como lo* está Yahvéh nuestro Dios siempre que le invocamos» (Deuteronomio, 4.7).

Pero San Pablo pretende más. Quiere que esa nuestra mirada dirigida al cielo no sea sólo una búsqueda intelectual, sino también, y más todavía, una mirada de amor. Hay algunas traducciones del texto citado que sustituyen el *«aspirad»* por el *«saboread»* o *«saboreaos en las cosas de arriba»* (Torres Amat-Ballester Nieto: El Nuevo Testamento

de Nuestro Señor Jesucristo). Y esta exigencia resulta más difícil aún que la primera. Acaso, a fuerza de razonamientos y ayudados por la gracia de Dios, nos hemos decidido a valorar las cosas en su verdadera medida y a buscar en serio a Dios y a todo lo suyo. Pero sentir, saborear lo de arriba: Dios y la gracia que habitan dentro del alma, la humildad que prepara sus caminos, la pobreza que molesta o la enfermedad que atenaza, la incomprensión que amarga... ¡qué difícil resulta!

Se saborea un buen vino, la conversación con un amigo, el recuerdo de un padre o de una madre, las lágrimas de devoción o de arrepentimiento, en una palabra, lo que se tiene y se lleva dentro del corazón. ¡Cuántas cosas tenemos en el corazón —aun buenas y santas—: planes, ocupaciones, trabajos; pero no siempre a Dios directamente buscado, sinceramente estimado, sentido y querido!

Si tuviéramos y buscáramos de veras a Dios no sufrirían tan fácil menoscabo, al menos cuantitativo que es el que ciertamente está en nuestras manos, las cosas y los tiempos de Dios. Tenemos que hacer entrar a Dios en la zona de nuestros afectos, en el campo de lo que nos interesa y preocupa, de lo que queremos de veras. Es preciso reservarle un hueco en los pliegues de nuestro corazón. De lo contrario no llegaremos a sentir, a saborear a ese Cristo que desaparece en la cumbre el día de la Ascensión y, entonces, seguirán consumiendo lo mejor de nuestras energías y preocupaciones todos esos otros objetos que monopolizan nuestra esfera afectiva.

Los frutos de esa búsqueda y saboreo de Dios y de lo de arriba los resume San Pablo en dos: renovación de la vida en un contexto de sobrenaturalización y paz: «... *habéis muerto, y vuestra vida está oculta con Cristo en Dios*»

(Colosenses, 3.3) y transformación en semilla que fructifica en santidad y gloria: *«Cuando aparezca Cristo, vida vuestra, entonces también vosotros apareceréis gloriosos con El»* (Colosenses, 3.4).

Todas estas aspiraciones las tiene que convertir en realidad la infusión del Espíritu Snto. Que no suceda que siga siendo para nosotros, como se le ha denominado, el gran desconocido: *«¿Recibisteis el Espíritu Santo cuando abrazasteis la fe? Ellos contestaron: Pero si nosotros no hemos oído siquiera que exista el Espíritu Santo»* (Hechos, 19.2). Pues bien: el plan de salvación de Dios para con el hombre, realizado a través de todo el misterio pascual, no puede entenderse desconociendo la existencia —y el papel, la misión— del Espíritu Santo ya que se nos ha dicho solemnemente: *«¿No sabéis que sois santuario de Dios y que el Espíritu de Dios habita en vosotros?»* (1.ª Corintios, 3.16). Y la más bella de las realidades humanas, la de tener a Dios como Padre, es obra de la acción del Espíritu. Al llegar la plenitud de los tiempos, efectivamente, Dios envió a su Hijo *«para que recibiéramos la filiación adoptiva»* Más aún —añade San Pablo a continuación—: *«La prueba de que sois hijos es que Dios ha enviado a nuestros corazones el Espíritu de su Hijo que clama ¡Abbá, Padre! De modo que ya no eres esclavo, sino hijo; y si hijo, también heredero por voluntad de Dios»* (Gálatas, 4.5-7).

Pentecostés y el Espíritu Santo tienen que suponer, como para los Apóstoles, la gran fiesta de la plenitud.

Plenitud de las promesas cumplidas: *«... y yo rogaré al Padre y os dará otro Paráclito, para que esté con vosotros para siempre»* (Juan, 14.16).

Plenitud de la sabiduría: «*Cuando venga él, el Espíritu de la verdad, os guiará hasta la verdad completa* (Juan, 16.13) y «... *el Paráclito, el Espíritu Santo que el Padre enviará en mi nombre, os lo enseñará todo y os recordará todo lo que yo os he dicho*» (Juan, 14.26).

Plenitud del amor: «*No os dejaré huérfanos: volveré a vosotros*» (Juan, 14.18).

Plenitud de aquella fuerza esperada desde la despedida: «*Mirad, yo voy a enviar sobre vosotros la Promesa de mi Padre. Por vuestra parte permaneced en la ciudad hasta que seáis revestidos del poder desde lo alto*» (Lucas, 24.49). No en vano en la otra despedida, en la noche de la cena pascual, ya se lo había adelantado más explícitamente: «*Cuando venga el Paráclito, el Espíritu de la verdad, que procede del Padre, y que yo os enviaré de junto al Padre, él dará testimonio de mí. También vosotros daréis testimonio, porque estáis conmigo desde el principio*» (Juan, 15.26). La fuerza hasta el martirio.

Pero también plenitud de la alegría: «*Yo os aseguro que lloraréis y os lamentaréis, y el mundo se alegrará. Estáis tristes, pero vuestra tristeza se convertirá en gozo... También vosotros estáis tristes ahora, pero volveré y se alegrará vuestro corazón y nadie os podrá quitar vuestra alegría*» (Juan, 16.20-22).

Plenitud, finalmene, de la auténtica y verdadera liberación. De tantas cosas que, a veces, atenazan y ligan el alma impidiendo la expansión espontánea y gozosa de todas sus virtualidades. Liberación de convencionalismos y farsas y de los preceptos farisaicos que, por carecer de verdadero espíritu, son también falsos porque ya Jesús había apuntado a Nicodemo: «*El viento sopla donde quiere, y oyes su voz, pero no sabes de dónde viene ni a dónde va.*

Así es todo el que nace del Espíritu» (Juan, 3.8). Y a la samaritana: *«Dios es espíritu, y los que adoran, deben adorar en espíritu y verdad)»* (Juan, 4.24).

Necesitamos la serenidad que procede del Espíritu para distinguir lo verdadero de lo falso, lo permanente de lo caduco, lo que vale de lo que no vale porque *«regla de prudencia es no engañarse con la figura y apariencia de las cosas, para arrojarse luego a dar sentencia sobre ellas; porque ni es oro todo lo que reluce ni bueno todo lo que parece bien, y muchas veces debajo de la miel hay hiel, y debajo de las flores, espinas... Regla es también de prudencia no mirar a la antigüedad y novedad de las cosas para aprobarlas o condenarlas. Porque muchas cosas hay muy acostumbradas y muy malas, y otras hay muy nuevas y muy buenas; y ni la vejez es parte para justificar lo malo, ni la novedad lo debe ser para condenar lo bueno, sino en todo y por todos hinca los ojos en los méritos de las cosas y no en los años. Porque el vicio ninguna cosa gana por ser antiguo, sino que será más incurable; y la virtud ningna cosa pierde por ser nueva, sino ser menos conocida»* (Fray Luis de Granada, Guía de pecadores, II, 15).

El Espíritu nos tiene que liberar de muchos antagonismos que ponen en quiebra la íntima unidad de nuestro propio ser o nuestra unidad con quienes nos rodean. El antagonismo derivado de diferentes actitudes generacionales; el antagonismo entre el cultivo de una vida espiritual seria y nuestra ineludible inserción y misión en el mundo, lo que exige una recta comprensión de ambos elementos; el antagonisno entre la letra y el espíritu de las leyes que regulan nuestra conducta con Dios y los hombres.

Precisamente, y a este último respecto, Pentecostés representa la victoria definitiva del espíritu sobre la letra:

«El espíritu es el que da vida; la carne no sirve para nada». Pero una victoria no a cualquier precio porque, inmediatamente, Jesús puntualiza: *«Las palabras que os he dicho son espíritu y son vida»* (Juan, 6.63). Lo cual quiere decir que la síntesis se halla en la letra —las palabras— impregnada de espíritu. Toda otra presentación que pretenda hacer pensar en una letra desencarnada es falsa. No tenemos derecho a predicar un código desprovisto de espíritu; pero tampoco a juzgar del cumplimiento externo de la obra precrita por la ley como si se tratara de una simple esclavitud a la letra. Lo hacemos muchas veces —demasiado fácilmente acusamos a los demás de fariseismo— y cometemos una gran injusticia. No existe oposición intrínseca entre letra y espíritu. Este da vida a la letra, que sin aquél de poco valdría. Pero la unión no repugna, como tampoco la del alma con el cuerpo al que informa. Nuestro empeño, pues, ha de orientarse no a destruir la letra, sino a impregnarla siempre de espíritu hasta conseguir que supere su marco estricto, alcanzando así la plenitud de la liberación.

Los Apóstoles *«perseveraban en la oración con un mismo espíritu en compañía de algunas mujeres, de María, la Madre de Jesús, y de sus hermanos»* (Hechos, 1.14). Así preparaban la venida del Espíritu Santo con la consiguiente transformación definitiva de sus disposiciones espirituales. Llegará también para cada uno de nosotros el día en que descienda ese mismo Espíritu y nos transforme y revista *«del Hombre Nuevo, creado según Dios, en la justicia y santidad de la verdad»* (Efesios, 4.24). Será percisa para ello una perseverancia en la oración, con María la Madre de Jesús, en actitud de activa y espectante nostalgia de Dios. Esta postura será, a la vez, causa de la venida, en

cuanto que la preparará y acelerará y efecto de la misma porque la presencia de Dios la sentiremos mejor —la llegaremos a saborear— desde que se nos haya infundido el Espíritu Santo que será ya para siempre el *«dulce huésped del alma»* (Secuencia de la Misa en la solemnidad de Pentecostés).

SUMARIO

POR LA CRUZ 5
1. Oración en la noche 7
2. Varón de dolores 14
3. Las siete palabras 25

... A LA LUZ 44
4. Reencuentros en gozo 46
5. Era necesario 52
6. Mirando al cielo 60